COLECCIÓN

ESPACIO

Maquiavelo artificial

por

Clark Carrados

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
BOX 266
MALIBU, CALIFORNIA – U. S. A.

Depósito legal B. 11982 – 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ediciones TORAy, S. A. - T. Llorente, 13, Barcelona

CAPITULO PRIMERO

U MAJESTAD la Emperatriz! ¡Su Majestad el Emperador!

Después de los tres golpes de la vara contra el suelo la voz del chambelán sonó clara y potente en el Salón del Trono, y los escasos cortesanos, apenas dos docenas, que se encontraban allí inclinaron levemente la cabeza ante la augusta presencia de los emperadores de las Nubes Magallánicas.

El honorable James H. Doerfel, embajador de la Subgobernaduría de Sol, y su séquito hicieron lo mismo, yo incluido. Cumplidos con el ritual del protocolo, levantamos los ojos.

La emperatriz de las Nubes Magallánicas y su esposo, el emperador consorte, hicieron su aparición en el Salón del Trono en medio de un profundo silencio. Ella llevaba su mano apoyada en el antebrazo de su esposo, y sonreía de manera encantadora, correspondiendo también con leves inclinaciones de cabeza a los saludos de sus súbditos. Mientras que lo hacía pude recrearme a mi sabor en la contemplación de la imperial pareja.

El emperador consorte, y aunque ello pueda parecer una ironía, era un real mozo, a pesar de haber rebasado, en fecha no muy lejana aún, los cuarenta años. Alto, hercúleo, varonilmente proporcionado, llevaba la ropa propia de ceremonia con una prestancia y desenvoltura sin igual y, verdaderamente, no eran bulos las noticias que corrían por Melphysia, la capital del imperio, de que tenía robados los corazones a todas las mujeres de la ciudad, y aun a muchas que no sólo no vivían allí, sino en remotos planetas alejados a cientos de millones de kilómetros de aquel en que nos encontrábamos nosotros. Pero tampoco eran menos ciertas las noticias que tenía acerca de que para él sólo había una mujer en su vida, y esto se comprendía al contemplar la esplendorosa belleza de Melphys, la emperatriz.

Melphys venía a tener unos dos o tres años menos que él, y cualquiera hubiera jurado, de no saberlo, que su edad era dos lustros inferior. Alta, exquisitamente formada, era de esas mujeres que, caso rarísimo, suelen ganar con el paso de los años, y aun entonces, y no me tengo por adulón, había pocas en las Nubes Magallánicas que pudieran resistir con ventaja la comparación con ella. Melphys llevaba sobre los hombros el pesado manto de ceremonia, y sobre su frente lucía la corona imperial, joya de fabuloso valor, de incomparable diseño, cuyas colosales piedras despedían rutilantes destellos de luz de todos los colores del arco iris. Llevaba los rubios cabellos, que parecían hechos de hebras de sol, recogidos bajo la corona, y en verdad que nunca hallé mejor aplicado el calificativo de. Belleza de la Galaxia que se le daba desde que, dejando de ser una niña, se convirtiera en mujer.

La imperial pareja pasó al estrado del trono, y entonces, a una seña del jefe del ceremonial, Doerfel, vestido de rigurosa etiqueta, avanzó hacia ellos, portando bajo el brazo la cartera que contenía las cartas credenciales que lo acreditaban como embajador de la Subgobernaduría de Sol cerca de la emperatriz de las Nubes Magallánicas.

Todo marchó normalmente.

Hubo los discursitos de rigor, Doerfel entregó sus cartas, que Melphys pasó a su sec

retario de Asuntos Galácticos, y luego, tras unas corteses palabras de ella, dándole
 la bienvenida, se puso en pie. Su marido la imitó.
 Señor embajador dijo Melphys con voz suavísima, de maravillosas entonaciones , ¿queréis ten
r la bondad de pasar a mi salita particular? Desearíamos hablar con vos acerca de
ciertos asuntos a resolver entre la subgobernaduría que representáis y nuestro imper
io.
Doerfel asintió.
 Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad dijo, inclinándose.
 Gracias, señor embajador. Ah, por favor; quisiera que os acornpañase vuestro secretar
io confidencial.
Doerfel estuvo a punto de violar el protocolo, cosa imperdonable en un diplomático
.
 Pero, majestad, si es un... Oh, dispensadme; se hará como gustéis.
El embajador y yo, entonces, seguimos a Melphys y su esposo, y en unión del secret
ario de Asuntos Galácticos, pasamos a una salita adyacente al enorme Salón del Trono
, sencillamente amueblada, más con el lujo correspondiente, perfectamente disimula
do, a los personajes de la categoría que la estaban usando a diario. Había una mesit
a, sobre la cual se veía un servicio de licores y un par de cuencos de oro llenos
de frutas de todas clases, pero antes de decir nada, Melphys apretó un botón y al in
stante aparecieron dos doncellas que, en respetuoso silencio, ayudaron a los aug
ustos personajes a despojarse de la ropa de ceremonia.
El emperador quedó entonces con una simple camisa de cuello abierto y manga corta,
 y unos pantalones largos hasta abajo. Melphys apareció vestida con una simple túnic
a, hasta las rodillas, ceñidas al esbeltísimo talle con un cinturón de seda de oro, y
asegurada a ambos hombros por sendos broches del mismo metal, y en los cuales de
spedían destellos fulgurantes un par de diamantes de luz, piedra cayo valor hubier
a servido para el rescate de un rey.
La propia emperatriz sirvió unas copas, ante la confusión de Doerfel, y ella misma l
as puso en las manos de todos sus invitados, excepto en las mías. Esto era lógico, p
orque, ¿quién va a dar de beber a una máquina? Lo único que yo necesito es un chorrito d
e aceite de vez en cuando y, de tarde en tarde, renovar la provisión de mi pila atóm
ica, pero esto requiere una explicación que daré más adelante.
Melphys alzó su copa, los demás la imitaron, y luego se sentó, diciendo con el gesto q
ue hiciéramos lo propio. Tomó un leve sorbo, y entonces dijo:
 Tengo mucho que agradecer al subgobernador de Sol, el honorable Nashita Kadura, l
a gentileza que ha tenido para con nosotros al enviar en la embajada a este robo
t tan maravilloso, del que tantas y tantas cosas hemos oido decir. En verdad, qu
e ya ardía en deseos de contemplarle. Y mi esposo también, ¿no es así, Evans?
 Por supuesto, nena dijo el emperador en tono cariñoso, sin que ella pareciera ofende
rse . No me gusta presumir de origen, pero todavía seguimos construyendo maravillas «a
llá abajo», ¿eh, Kabé?
Me favoreció con un alegre guiño al cual correspondí con una respetuosa inclinación de c
abeza.
 No puedo hablar por mí, Majestad repuse.
 Con lo que has dicho es suficiente, Kabé exclamó ella. Luego miró a Doerfel . Señor embajad
r, ¿podría disponer de Kabé durante unos días?
 No puedo negarme a vuestros deseos, Majestad contestó Doerfel . Sin embargo, me permit
iré advertiros...
Melphys le interrumpió con un gesto de su mano.
 Sí, ya lo sé, señor embajador; conozco perfectamente las leyes que rigen a los robots,
y las limitaciones a ellos impuestas por el Mando Central Robótico de la Tierra. O
s aseguro que no haré nada que esté en contra del mencionado Código.
 Siendo así, Majestad, vuestros deseos son órdenes para mí.
 Gracias, señor Doerfel. Y ahora quería hablaros también de otra cosa.
 Os escucho, Majestad.
Melphys dudó un momento, y luego se volvió hacia su esposo.
 Evans, ¿por qué no lo explicas tú, cariño?
El emperador se puso en pie, sonriendo.
 Con mucho gusto, nena y tomó un cigarrillo de una caja, encendiéndolo . Es cosa relativa
mente fácil de explicar, aunque en el fondo haya mucho que discutir. Se trata de n

uestras dificultades con los reinos de Hércules. Momentáneamente, estas dificultades
quedaron aplazadas, pero no suspendidas del todo, durante el último conflicto que
sufrió nuestra Galaxia, porque nosotros, pese a hallarnos en las Nubes Magallánicas
, astronómicamente consideradas corno nebulosas satélites de la Vía Láctea, nos consider
amos ciudadanos de la misma. Momentáneamente, repito, tales dificultades, disensio
nes o diferencias de opinión, como se les quiera llamar, quedaron en suspenso, dad
a la necesidad de unir nuestras fuerzas ante el feroz ataque de que fuimos objet
o por parte de la Nebulosa Andrómeda (1). Pero ahora que la paz se ha hecho de nue
vo, hay quien, por lo visto, se aburre en ellas, y éste está contento desencadenando
una guerra de mayores o menores proporciones, ya sea entre los planetas, ya ent
re un sistema de ellos o bien entre constelación y constelación. Me comprendéis, ¿verdad
, Doerfel?
El emperador trataba al embajador con más confianza, porque, a fin de cuentas, uno
y otro habían nacido en la Tierra. El modo con que Evans Rivedo había llegado a ser
emperador consorte de las Nubes Magallánicas, no podía ser más novelesco (2), y sobre
esto también diré unas palabritas a su debido tiempo.
Doerfel asintió, y el emperador prosiguió:
Las intenciones de Su Majestad y mías, y, por supuesto, de nuestro pueblo, no puede
n ser más pacíficas. Queremos, y no nos cansamos de decirlo nunca, vivir en paz con
todos los pueblos de la Galaxia; no ambicionamos extender nuestro poderío, nos con
formamos con lo que tenemos, pero, naturalmente, tampoco podemos consentir que u
n megalómano trate de estorbar la paz de que actualmente disfruta nuestro imperio.
Es evidente, pues, que...
El emperador calló, porque, de repente, alguien penetró en la estancia, con la viole
ncia de una tromba, y casi con el mismo atronador estrépito. Una persona hizo irru
pción de un salto, tropezó con un sillón y, al caer, con suprema agilidad, dio una vol
tereta en el aire, evitando el choque con el duro pavimento. Vi revolotear unas
piernas bien formadas y luego, antes de que nos hubiéramos recobrado de la sorpres
a que la acción nos había producido, aquella persona se puso en pie.
De no haber tenido a Melphys en persona delante de mis circuitos visuales, hubie
re jurado que aquella muchacha que tan inesperada y violentamente acababa de ent
rar, era la misma. No se podían parecer más aquellos dos rostros femeninos, y, franc
amente, pese a la sutileza de mi robótica percepción, sólo porque Melphys ya estaba an
te nosotros, podía decir que era ella la madre y la otra, la recién y pintorescament
e llegada, la hija.
Eran dos figuras casi exactamente iguales, dos rostros igualmente esplendorosos,
dos cabelleras áureas y acaso, acaso, hilando muy delgado, variaba la expresión de
sus pupilas que, si en Melphys eran intensamente verdes, en su hija tenían destell
os azulados, herencia sin duda de su gallardo podre. La muchacha, apenas de diec
iocho años de edad, altísima y maravillosamente formada, se puso en pie, alisándose co
n gesto maquinal los breves «shorts» que, en unión de una blusa de suave tejido esponj
oso, y unas livianas sandalias sin tacón, constituían su sencillo vestuario.
¡Hola, mamá! ¡Hola, «papi»! ¿Como estáis? saludó, agitando la mano, y de pronto se dio cuen
uestra presencia . ¡Demonios! ¿Quiénes son estos pájaros?.
Si ya la brusca entrada de la chica había irritado a sus padres, las últimas palabra
s acabaron por enojar completamente al hombre.
¡Rhettys! ¿Qué lenguaje es ese? ¿Dónde has aprendido tales expresiones?
Oh, «papi», no te disgustes así, que te pones muy feo. Lo lei en...
¡Basta! Sin duda no te has dado cuenta de que estamos tratando de asuntos de gobier
no, mucho más graves y serios de lo que tu loca cabeza puede imaginar. Retírate a tu
s habitaciones, Rhettys, y no te muevas de allí hasta que yo te lo ordene.
Pero, «papi»...
Melphys avanzó un paso.
Hija, haz lo que te dice tu padre. Has cometido una grave incorrección, por la cual
nos veremos obligados a pedir disculpas a nuestros huéspedes.
La muchacha sonrió de una manera encantadora.
No te molestes, mamá; lo haré yo por vosotros y nos miró de una forma capaz de fundir lo
s engranajes mejor templados . Les ruego me excusen por la forma inadecuada de pr
esentarme. Pero creí que mis padres estarían solos...
Ya está bien, Rhettys; retírate dijo su padre, con tono hosco.

Ella, entonces, miró a la emperatriz.
 Mamá, he oido decir siempre que soy la heredera de vuestro trono y que un día, lo qui
era o no, he de ocuparlo. También decís constantemente que he de estar enterada de t
odo cuanto sucede y... ¿qué mejor ocasión que esta para...?
El emperador se sentó, derrotado por completo. Melphys sonrió con indulgencia y señaló u
n sitio a la muchacha, la cual tomó una fruta y comenzó a mordisquearla con displice
ncia.
Durante largo rato, los cuatro humanos que habían allí discutieron ampliamente de pr
oblemas de gobierno, en tanto que Rhettys fingía escuchar lo que se decía, pero, en
realidad, teniendo su imaginación muy lejos de aquel lugar. Yo la observaba a hurt
adillas, independientemente de que mis circuitos auditivos grabaran en los memorís
ticos cuanto allí se discutía, sin perder sílaba.
Al fin, la conversación se dio por terminada. El emperador se puso en pie y dijo:
 Podéis comunicar al subgobernador de Sol todo cuanto hemos hablado. Nuestro ESPer e
stá por completo a vuestra disposición, para todo cuanto necesitéis.
 Un millón de gracias, Majestad dijo Doerfel, saludando . Así lo haré saber al jefe de mi g
obierno, y en cuanto sepa la respuesta que, como mi mensaje, habrán de ir ineludib
lemente cifrados, pediré audiencia para comunicárosla.
 Entendido, señor embajador.
El secretario de Asuntos Galácticos, Voner, salió con Doerfel, y entonces me quedé sol
o con la imperial pareja y su hija.
Melphys me miró un segundo y luego sonrió.
 Hemos oido hablar mucho de ti, Kabé. ¿Es cierto cuanto dicen?
 A medida que las distancias crecen, las mentiras aumentan, Majestad. Lisa y llana
mente, soy un robot que no hace más que obedecer las leyes que le fueron inculcada
s en su cerebro positrónico, una de las cuales, la principal, es la de obedecer ci
egamente a todo ser humano. En este caso, Vuestra Majestad.
 Gracias, Kabé dijo Melphys, pero en aquel momento, su hija, saltó hacia mí.
 ¿Un robot que piensa y habla? Mamá, ¿qué maravilla es ésta? ¿Me lo dejarás?
 Rhettys dijo severamente su padre , Kabé no está aquí para complacer los caprichos de una
niña mimada y malcriada como tú, sino porque verdaderamente le necesitamos, ¿entiendes
?
 ¡Oh, qué lástima! Y yo que había pensado que me acompañase esta noche. ¿Sabéis? La señora Du
es tan antipática...
 Porque cumple con su deber, Rhettys. Es hora que vayas dándote cuenta ya de que ere
s la princesa heredera de nuestro.imperio y que, si nosotros faltásemos, tendrías qu
e subir al trono y gobernar en nuestro sitio, ¿comprendes? dijo secamente el empera
dor.
 Pero, papá, vosotros sois aún muy jóvenes y... ¿quién habla de morir ahora?
 Es una posibilidad con la cual ha de contar seriamente todo humano, hija dijo él, ad
optando un tono sombrío, que no se escapó a la fina percepción de la muchacha.
Rhettys palideció.
 Papá, ¿qué estás diciendo? ¿Quién os amenaza de muerte? Sé que el pueblo os quiere y os ador
or qué, pues, habían de desear vuestra muerte?
 Éste es un problema que no podemos discutir ahora contigo, hija. Lo mejor que puede
s hacer es retirarte a tus habitaciones.
 Pero, papá, ¡di mi palabra de salir esta noche con Delyar!
El rostro de Evans Rivedo se coloreó fuertemente, y entonces me di cuenta de que,
aunque fuera simplemente emperador consorte, no solamente era quien mandaba en s
u hogar, sino que, astutamente, y con toda seguridad, de acuerdo con su esposa,
dirigía muchas de las cosas del imperio, desde la sombra de su posición.
 Rhettys, te prohibo que salgas con ese...
 ¿Por qué, papa? Es un buen chico; me gusta; pertenece a una de las familias más nobles
de Melphysia y... haría un buen marido para mi, ¿no lo crees?
 No es ese el marido que tu madre y yo queremos para ti, hija. Personalmente, no t
engo nada contra Delyar. No me importa nada su nacimiento; yo mismo era un simpl
e terrestre, sin título alguno, y me casé con tu madre...
 Mamá ya supo lo que se hacía rio alegremente la muchacha, con la boca y los ojos, y la
 hermosa Melphys hubo de toser discretamente para no acompañar a su hija en la hil
aridad. Pero el emperador seguía muy serio. No te lo hemos dicho hasta ahora, pero

has de saberlo algún día, y puesto que tú misma has suscitado la cuestión, es mejor que te enteres cuanto antes. Estamos en tratos con Kersel, quien nos ha solicitado tu mano, y es muy probable, casi seguro, que acabe convirtiéndose en tu esposo.
Rhettys abrió la boca, estupefacta.
¿Quién? ¿Ese estúpido? ¿Ese búho, ratón de biblioteca, mi marido? ¿Un hombre que sólo reina edia docena de cochambrosos planetas, mi esposo? Papá, por favor...
¡Rhettys! ¡Retírate inmediatamente! exclamó el emperador, furiosísimo . Tú acabaras haciend que te decimos nosotros, o de lo contrario...
La muchacha avanzó la barbilla, voluntariamente.
Me casaré con quien quiera, muy posiblemente con Delyar. Puedes mandar en mí como hija, pero no en mi corazón, y si quiero a Delyar, ése será mi esposo, ¿lo entiendes? No me vas a decir ahora que mamá no se casó con el elegido de su corazón, ¿verdad? ¿Le importó mucho quién eras antes de conocerla?
Melphys dijo el emperador, tratando de mantener la calma , convence a tu hija, o de lo contrario, haré con ella lo que jamás he hecho con ninguno de nuestros hijos: evitarle la molestia de tener que sentarse durante un par de semanas.
La emperatriz tomó por los hombros a su hija y le dijo:
Anda, muchacha; ve a tus habitaciones. Piensa siempre que tus padres te quieren y que hacen todas estas cosas pensando en tu propio bien.
Pero, mamá, yo le había prometido a Delyar salir con él esta noche. En el séquito de cosmonaves del embajador Doerfel, han venido las últimas novedades en «films» terrestres y ...
Haremos que las traigan aquí, a palacio, Rhettys. Anda, ve y déjanos solos por ahora.
La muchacha, sorbiéndose la nariz con un gesto completamente infantil, salió de la estancia, y entonces me quedé yo con la pareja, hablando durante larguísimo rato de temas que les afectaban personalmente a ellos.
Cuando dieron por terminada la conversación, pedí permiso para retirarme y salí por una puerta distinta a la que había entrado. Daba a un corredor de gran longitud, a donde un aburrido soldado montaba la guardia en el extremo opuesto.
Un poco despistado, pues no conocía aquello, caminé al albur, despertando con mis pasos la atención del soldado. Éste se hallaba justo en el ángulo que hacía el corredor, en donde nacía una amplia escalinata, pero antes de llegar allí, un súbito movimiento impresionó mis células visuales, haciéndome girar levemente la cabeza.
Una puerta se había abierto de pronto, pero sólo en una estrecha rendija de unos cuantos centímetros, lo justo para dejar paso a una mano concluida en cinco áureas uñas, cuya mano me hizo signos inconfundibles de que me acercara allí. Y sólo al hacerlo, mis circuitos visuales advirtieron que, detrás de la mano, se hallaban los incomparables ojos de Rhettys, la princesa heredera del imperio de las Nubes Magallánicas.

(1) Véase el núm. 101 de esta misma colección, titulado, «Andrómeda ataca», del mismo autor.

(2) Véase el núm. 63 de esta colección, titulado, «Conflicto estelar».

CAPÍTULO II

OR muy perfeccionados que se hallen sus delicados mecanismos, un robot corriente carece de la facultad de asombrarse, al no tener otra retentiva, en lugar de imaginación. Así, pues, cuando un humano le haga una pregunta, esta pregunta será grabada en un circuito, que la pasará al de investigación, éste buceará en los de la memoria,

hallará el tema por el que se le pregunta y, pasando la respuesta a los correspon
dientes circuitos parlantes y musculares, dará la respuesta exacta, todo ello en u
na fracción de tiempo sensiblemente igual a la que tardaría un humano en las mismas
condiciones. Al no tener imaginación, ese robot no se asombrará de nada que haga un
humano, por muy ilógica que pueda ser esa acción, hallando que sólo los humanos pueden
permitirse el lujo de ser extravagantes, precisamente por su misma condición.
Pero esto no ocurre conmigo. Yo soy un robot que ha estado demasiado tiempo en c
ontacto con los humanos, corriendo con ellos innumerables aventuras, comportándome
a veces como uno de ellos, percibiendo claramente todas sus reacciones psíquicas
y mentales para que, al caso, no se me haya pegado algo de su propia condición. Prác
ticamente, puedo hacer todo lo que hacen ellos, pero, sin querer considerarme su
superior, obro generalmente de manera más sensata que la inmensa mayoría de los hum
anos. Mis circuitos memorísticos, en los cuales se grata indeleblemente todo cuant
o me ha sucedido, no sólo a mí, sino a cuantos han tenido alguna relación conmigo, pos
een un vasto caudal de conocimientos, de los cuales puedo echar mano, valga la f
rase, en el momento que lo necesite.
Un robot corriente hubiera obedecido sin más, con la absoluta tranquilidad de una
máquina, a la llamada de Rhettys. Pero cuando un robot se llama Kabé, como yo, y aca
ba de enterarse de ciertas cosas, el gesto de la chica, perdón, de la princesa, er
a más que sospechoso.
No obstante, no podía rehusar, dado que ella era un humano. Así, pues, con renuente
paso, me acerqué a la puerta, y en aquel momento Rhettys la abrió un poco más, alargó su
brazo, asió el mío y tiró de mí hacia adentro, con un movimiento tan rápido que, antes de
que sus intenciones fueran captadas por mis circuitos, ya estaba dentro de su e
stancia.
Tengo necesidad de ti, Kabé me dijo ella, apenas hubo cerrado la puerta, apoyándose de
espaldas en ella.
Estoy a las órdenes de Vuestra Alteza dije.
Rhettys vestía ahora un largo manto negro, con capucha, forrado de seda escarlata
que, ocultando su esbelta figura, la cubría de pies a cabeza. Debajo llevaba una tún
ica, también larga, de color azul pálido, con un sencillo cinturón de la misma tela, s
in ninguna joya visible.
Kabé dijo Rhettys , la señora Durvíl no quiere acompañarme. ¿Lo harás tú?,
Vuestra Alteza sabe que tiene prohibida la salida por sus augustos padres. Si tal
cosa hiciera, podría costarme un disgusto objeté.
Ella pegó una patadita de impaciencia en el suelo.
¿Es que siempre se me va a considerar como una niña? He cumplido ya los dieciocho años
y...
...sois la princesa heredera, condición que os impone otras que debéis respetar objeté . N
o podéis portaros como una mujer cualquiera, sino como la hija de los emperadores,
y futura emperatriz en el momento oportuno.
Ya lo sé dijo ella ; pero por esto mismo quiero aprovecharme ahora. Yo le había prometid
o a Delyar asistir esta noche a su fiesta. Después de que tiene todo preparado...
Me acaricié la mandíbula, en un gesto típicamente humano.
¿Vos le queréis, Alteza?
Rhettys vaciló un segundo.
¿Y si así fuera, Kabé?
Si el hombre lo merece, un robot no tiene nada que aducir. Pero creo haber entend
ido que vuestros padres os destinan otro esposo.
La muchacha hizo un gesto de desdén.
Sí, Kersel. Un tipo que se está pasando el noventa por ciento de su vida en una bibli
oteca, y que hará de mí menos caso que del sirviente que le trae el desayuno.
Ese Kersel debe ser un rey muy poderoso cuando tiene sirvientes que le traen el d
esayuno a la cama dije zumbón.
Es un anticuado. Dice que le molestan las máquinas.
Y a mí también, Alteza. No he visto cosa más horrible que una casa que se maneje todo p
or medio de botones. Aprietas uno y ¡zas!, aparece una bandeja con una copa de lic
or; aprietas otro, y el lecho empieza a moverse, dándote masaje... Eso, no...
Pero tú eres una máquina, Kabé rio la muchacha.
Por eso mismo dije . ¿Y le parece que no estoy harto de serlo?

¡Hola! se extrañó Rhettys . Es raro que un robot tenga tales sentimientos.

Se me han pegado a fuerza de frecuentar a los humanos dije, conectando el circuito del descontento.

Bueno cortó la muchacha , estábamos hablando de la fiesta de Delyar y no de tus problemas sentimentales. ¿Qué decides, Kabé?

Me veo arrojado al incinerador de robots, pero ¿quién desobedece las órdenes de un humano tan hermoso como vos, Alteza?

Una encantadora sonrisa animó las facciones de Rhettys.

Gracias, Kabé dijo ; sabía que lo harías. Ah, y por favor te voy a pedir una cosa: suprime el tratamiento y llámame por mi nombre.

¡Eso es violar el protocolo!

No me importa. Tú eres una máquina que me debes obediencia, ¿verdad?

Pero también la debo a sus Majestades.

Mis padres no te prohibieron acompañarme; soy yo la que tiene prohibido el salir, y si se enteran ellos, no te harán nada. ¡Vamos, Kabé; ya hemos discutido bastante!

* * *

Delyar era un punto fuerte en Melphysia. No había mas que ver la choza en que vivía, para saber que podía andar escaso de cualquier cosa, menos de «garants», la moneda de la Galaxia. Yo creo que si no se había hecho construir un palacio idéntico al de los emperadores, había sido por no significarse demasiado, pero salvo unas pequeñas diferencias en el tamaño, que no en el lujo, y la ausencia, cuando menos visible, de una guardia de honor, bien poco se notaba el cambio de residencia. Unido esto a unos veinticinco magníficos años y una indudable apostura varonil, eran motivos más que suficientes para que mis circuitos deductivos hallaran completamente lógico que Rhettys estuviera empezando a chiflarse por el mozo.

Antes de entrar en casa de Delyar, Rhettys me hizo una advertencia.

Kabé, no olvides dos cosas. Una, que tanto para ti, como para todos mis amigos, soy simplemente Rhettys, y no la princesa heredera; y otra, que, como puedes hacerlo, pasarás por humano, ¿me entiendes?

Sí, Alt... digo, sí, Rhettys; lo entiendo.

Y además, otra cosa, que grabarás bien en tus circuitos: cuando menos esta noche, no obedecerás a nadie que no sea superior a mí, ¿comprendes? Lo hago por si alguien consiguiera enterarse de tu condición de robot, ¿estamos?

Estamos dije, echando a andar tras ella.

Rhettys fue recibida con gran júbilo y algazara por Delyar y sus invitados, una pandilla de alegres jóvenes, que me fueron presentados, y a los cuales saludé en el tono intrascendente y banal que hubiera empleado un humano en tal ocasión. Ninguno de ellos, salvo Delyar y las chicas, estupendas todas, tenían nada de particular que los distinguiese unos de otros. Jóvenes, distinguidos, alegres, amigos de divertirse, cosa lógica a su edad; había sin embargo, uno de ellos, que me llamó la atención mas que ninguno, Delyar incluido.

Era un muchacho de la misma edad que el citado, alto y fuerte, pero con un rostro muy feo, casi repelente, que parecía bastante descentrado hallándose en un sitio como aquél. Durante toda la fiesta, que se prolongó después del «film» en estéreo, recien llegado de la Tierra, apenas si cambió dos palabras con ninguno de los asistentes a la misma, permaneciendo retirado en un rincón, con una copa constantemente llena en las manos. Cualquiera hubiera dicho que se estaba emborrachando silenciosamente, pero yo no dejé de darme cuenta de que era el mismo «cocktail» que le había sido servido al principio y que apenas había probado.

Rhettys, divirtiéndose enormemente en la reunión, no dejó de advertir tampoco la presencia del desconocido. Muy cerca de mí, la muchacha preguntó a su anfitrión:

Delyar, ¿quién es ese joven del rincón? Ese que parece tan aburrido.

El humano se encogió de hombros.

Oh, alguien a quien no tuve otro remedio que invitar, atendiendo un ruego de unos

amigos míos Se llama Wanser y ha venido a Melphysia en viaje de negocios.
Es curioso musitó Rhettys . Su cara me recuerda a la de alguien conocido...
Te aseguro dijo Delyar que esta noche es la primera vez que le he visto. Y ya te di
go, de no haber sido por el compromiso, ni siquiera hubiera venido aquí.
Rhettys asintió distraídamente. De pronto dijo:
Deliar, preséntamelo, ¿quieres? Me gustaría charlar un poco con él.
Tendrás que sacarle las palabras con tenazas rio el joven, pero forzadamente, íntimame
nte molesto por el interés que la princesa demostraba por el desconocido. Avanzó hac
ia él y cambió unas cuantas palabras, atrayéndole hacia el lugar donde Rhettys aguarda
ba.
Delyar hizo las presentaciones en la forma acostumbrada, y el llamado Wanser sal
udó con una correcta inclinación de cabeza.
Me parece haberte visto antes de ahora, Wanser dijo Rhettys, tras las primeras pal
abras de cortesía.
Lo encuentro un poco difícil, Alteza murmuró Wanser . Es la primera vez que llego a Melp
hysia, y ahora mismo me daría de cabezadas por no haberlo hecho antes.
¿Por qué? arqueó Rhettys una ceja.
Tu imagen es conocidísima en toda la Galaxia, pero cualquier movirretrato no es sin
o un pálido reflejo de la realidad. Eres una digna heredera, en belleza, de tu aug
usta madre y, espero, que también en inteligencia.
Muy amables tus palabras, Wanser sonrió Rhettys, ruborizándose como no lo había hecho co
n ninguno de los elogios que tanto le prodigaran Delyar y sus amigos.
Vi que Delyar se mordía levemente los labios, conteniéndose para no ser descortés dela
nte de la princesa, y aquello me demostró que no le agradaba el interés que Rhettys
mostraba por Wanser. Ella continuó hablando.
Espero verte algún día por palacio, Wanser. Por supuesto, siempre que tu estancia se
prolongue lo suficiente en Melphysia.
Para mí sería un honor, Alteza. No puedo anticipar la fecha de mi partida, pero si re
cibo la invitación para una fecha determinada, me quedaré.
Gracias, Wanser. Por cierto, no he oido bien de qué lugar de la Galaxia eres origin
ario.
Procedo del sistema de la Estrella Pi, de los Peces del Sur. Concretamente, del Déc
imo Planeta.
¿Que se llama...?
No tiene nombre; sólo número, Alteza contestó Wanser, y en aquel momento, mis circuitos
visuales captaron una repentina expresión de estúpido asombro en el rostro de Delyar
.
Esta expresión fue sustituida al instante por otra de profunda reverencia y acatam
iento. Rhettys y Wanser también lo notaron, y sus miradas, siguieron instantáneament
e la dirección de las del anfitrión.
Su Alteza enrojeció vivísimamente.
¡Papá! exclamó, tan confusa como un niño cogido en falta.
Vestido sencillamente, sin ningún distintivo que lo identificase como a tal, alto,
erguido, con majestuosa presencia, Evans Rivedo se acercó al grupo, en medio del
más profundo silencio, recibiendo el acatamiento de todos los presentes a la reunión
, la primera de todos su propia hija.
¡Papá, te ruego que...! dijo, balbuciente.
Pero su Majestad hizo la interrupción con un gesto de su mano.
No es necesario que sigas, Rhettys. Vámonos para casa.
Sí, papá contestó la muchacha, con mansedumbre.
El emperador se volvió hacia el dueño de la casa.
Delyar, te doy las gracias por la invitación que hiciste a mi hija.
Majestad... tartamudeó el aludido , yo... Rhettys, digo su Alteza...
Gracias otra vez, Delyar. ¿Vamos, Rhettys? ¿Kabé?
Sí, Majestad repuse, obediente, siguiéndolos a respetuosa distancia.
Rivedo podría ser un vulgar terrestre por su nacimiento, pero era evidente que nad
ie sabía comportarse como él en aquellas circunstancias, y muy pocos habrían resistido
la prueba que supone ascender desde prácticamente de la nada a emperador consorte
, título más real que honorífico, puesto que, en verdad, era quien llevaba sobre sus h
ombros el peso de buena parte de los asuntos de gobierno del imperio.

Nacido en la Tierra, era hombre que, salvo los inevitables actos del protocolo, se portaba como tal. Por lo tanto, no me extrañó ver su atóbil solo, en la puerta, sin la menor escolta. Delyar, profiriendo frases casi incoherentes, nos acompañó hasta allá, y no se movió hasta que el emperador hubo hecho arrancar el vehículo.

Pasaron unos momentos en silencio. De pronto, Rhettys dijo:

Papá, ya sé que he hecho mal. Tú me habías prohibido...

No te voy a reñir por eso ahora, hija. Cosas más graves e importantes llaman mi atención en estos momentos.

¿Más graves?

Mis circuitos captaron en el calmoso tono del emperador que no eran graves aquel las cosas a que se refería, sino gravísimas; y sus palabras me lo confirmaron al instante.

Sí. Rhettys, eres ya mayor y no puedo decirte, como a tus hermanitos, que mamá ha salido de viaje una temporada.

¿Mamá de viaje? ¡Pero si no tenía propósi...!

Por supuesto que no contestó el emperador . Ha salido de viaje a la fuerza. Obligada contra su voluntad, para que lo entiendas.

Hubo un penoso silencio dentro del vehículo que recorría raudamente la pista que conducía al centro da la ciudad. Los ojos de Rhettys estaban desmesuradamente abiertos.

¿Ma...má... raptada....? dijo, comprendiendo al fin, a punto de echarse a llorar.

Sí, Rhettys.

¿Por quién, papá?

Todavía no lo sé; de saberlo, tendríamos adelantada la mitad del camino.

¿Y no sabes dónde está?

Rivedo movió significativamente la cabeza. Rhettys insistió.

Pero... tú puedes saberlo, papá. Eres un ÉSPer, y ella también lo es. ¿No has tratado de ESParla para saber dónde se la llevaron?

¿Por quién me tomas, hija? Claro que he ESPado, hasta que la cabeza me ha dolido; pero no sé qué demonios de truco han empleado sus raptores, que todas mis llamadas ÉSPer han resultado infructuosas hasta el momento.

¿Habrá... habrá...? preguntó la princesa, a punto de echarse a llorar, temiendo lo peor para su madre.

Pero el emperador no pudo afirmar ni desmentir la interrogante apenas planteada, porque en aquel momento dos atóbiles, surgiendo de Dios sabia donde, se nos echaron encima, convergiendo sobre el nuestro a toda la velocidad de su motor atómico.

CAPÍTULO III

L cómo Evans Rivedo había llegado, de terrestre sin apenas significado alguno, a emperador consorte de las Nubes Magallánicas, se debía en buena parte al amor, sentimiento que había consolidado definitivamente su actual posición, pero en principio, veinte años atrás, el asunto se había debido a sus cualidades de ÉSPer. Forzosamente, como secretario de Doerfel, había tenido que aprenderme la historia y la conocía hasta en sus menores detalles.

Rivedo era uno de los pocos seres existentes en la Galaxia con dos cerebros, un biencéfalo, cuyo segundo cerebro no vayamos a creerlo tan grande como el corriente en los demás humanos, sino mucho menor, apenas perceptible de no ser por exámenes radiológicos especiales , le confería cualidades infinitamente superiores a los demás ÉSPeres. Un ÉSPer biencéfalo, como el emperador, podía comunicarse con un colega situado en extremo opuesto de la Galaxia con la mayor facilidad, bien que esta comunicación debiera hacerse con la colaboración de aparatos técnicos, cuya descripción está fuera de lugar aquí, ya que, a pesar de todo, los poderes telepáticos de la mente humana son

infinitamente pequeños para poder ser utilizados, sin auxilio mecánico, en las enormes distancias que hay en nuestra Vía Láctea, cuya dimensión máxima se calcula en 130 mil años-luz.

Precisamente las enormes dimensiones de esta colosal isla del Universo que es nuestra Galaxia, hacen dificilísimas las comunicaciones entre los distintos puntos de la misma. Las transmisiones radiales, a la velocidad de la luz, 300 mil kms/seg., sólo pueden hacerse dentro de los estrechos límites de un sistema planetario; para distancias mayores, se precisa la indispensable colaboración de los ÉSPeres, cuyo número es tan escaso que no hay nada con qué pagar sus servicios cuando se encuentra un humano dotado de tan maravillosas cualidades.

Precisamente por eso mismo, Melphys, la emperatriz número XIX de su nombre de las Nubes Magallánicas, había estado buscando años antes un ÉSPer para sus comunicaciones, ya que dichas nebulosas, un poco aparte de la Vía Láctea no eran consideradas, ni política ni astronómicamente, como integrantes de la misma. Tras azarosas aventuras, que habían desencadenado un conflicto de proporciones estelares, Melphys había logrado, al fin, su ÉSPer en Rivedo, nacido en la Tierra; pero como, además, ella misma era también una ÉSPer, era lógico que su descendencia poseyera esas mismas cualidades telepáticas, y que los hijos de sus hijos fueran asimismo ÉSPeres, y así hasta el infinito. Primeramente, Melphys había buscado a Rivedo como simple jefe de sus comunicaciones, pero, amigos, después Cupido había complicado las cosas y el terrestre se había convertido en emperador consorte.

La palabra ÉSPer está formada por las iniciales de las inglesas «E»xtra «S»ensory «Per»ceptio Percepción Extra Sensorial) y con ellas se designa a todo humano que puede ÉSPar, verbo que indica la ejecución de acciones de telepatía, clarividencia y premonición. Naturalmente, este verbo tiene sus tiempos y conjugaciones, cosa que simplifica mucho el asunto cuando de hablar de temas telepáticos se refiere. Y el emperador acaba de decir que, raptada su esposa, la comunicación ÉSPer con ella le había sido imposible.

Esto quería decir dos cosas. Una, que se la habían llevado tan lejos, cosa no difícil con los modernos medios de comunicación de que hoy disponen los humanos, o también que habían causado a Melphys algún daño físico o mental de tal carácter que le impedía utilizar sus cualidades ÉSPeres para responder a las, supongo, desesperadas apelaciones del emperador.

Todas estas consideraciones, que chispearon en mis circuitos en apenas una décima de segundo, quedaron relegadas a un segundo término cuando mis pupilas de silicio captaron la imagen de aquellos dos atóbiles arrojándose contra nosotros.

En un principio temí por mi integridad. Y no digamos por la del emperador y su hija; pero muy pronto hube de convencerme de que me había engañado. Los atóbiles cargaron sobre nosotros y Rivedo, forzado a ello por la inesperada maniobra enemiga, frenó en seco el suyo.

Los individuos que tripulaban aquellos vehículos parecían haber calculado las cosas. Saltaron de ellos, con movimientos precisos, pero no habían calculado que hay también otras mentes, lo mismo humanas que robóticas, que no son lerdas en la acción.

Rivedo lanzó un grito.

¡Kabé, protege a Rhettys!

Sí, Majestad contesté, y al momento tomé el brazo de la muchacha.

Yo no puedo, por mi condición de robot, hacer daño a ningún humano. Esto es lo primero que se graba en los circuitos memorísticos de una máquina como yo cuando es construida, y no conozco de ninguna de ellas que haya violado tal orden, que no haya sido destruida inmediatamente, en forma tal que jamás pueda ser reconstruida. Pero ahora era mi deber y mi obligación proteger a la muchacha.

Por lo tanto, no es de extrañar que, apenas me diera el emperador aquella orden, yo saliera del atóbil tirando del brazo de Rhettys, la cual gritaba frenéticamente y, agachando la cabeza, corriera como un desesperado.

Tampoco es raro que, corriendo como lo hacía, mi cabeza chocara contra el pecho de uno de aquellos individuos, derribándole al suelo como un fardo, sin darle tiempo a resoplar siquiera. Esto nos abrió paso hacia la protectora oscuridad del borde de la autopista, rodeada toda ella de espesos setos, en la que me zambullí, seguido a la fuerza por Rhettys, en menos tiempo que tardo en contarlo.

La muchacha protestó y se debatió, y aunque la gimnasia y el ejercicio habían desarrol

lado sus músculos, no podía competir conmigo, por lo que, aun a riesgo de hacerle daño
, me la lleve de allí, en tanto que mis circuitos auditivos percibían claramente el
rumor de la lucha que el emperador sostenía con los asaltantes.
De pronto, y cuando ya habría ganado unos cincuenta o sesenta metros de distancia,
oí un seco chasquido. El ruido de la pelea cesó, y no me cupo la menor duda entonce
s de cuál había sido su resultado final.
Mis circuitos auditivos son muy sensibles y percibo sonidos cuya intensidad no l
lega a los oídos humanos. Sin dejar de correr, echando mil pestes contra la oscuri
dad y lamentando no haberme hecho instalar un proyector de rayos infrarrojos par
a poder ver en las tinieblas, cosa que juré hacer en la primera ocasión, pude oir el
diálogo que se desarrollaba entre los asaltantes.
¿Y la chica?
Escapó con el otro fulano.
¡Estúpido! ¿Qué has dicho?
Lo que oyes. Echaron a correr de manera tan imprevista, que no pude detenerlos.
¡Eres un imbécil! ¿Para qué te habré traído yo aquí, pedazo de mula?
El tipo aquel me golpeó con la cabeza en el pecho, derribándome antes de que yo pudie
ra darme cuenta de lo que iba a hacer. Luego...
El chasquido de un par de bofetadas bien aplicadas llegó hasta mis receptores. Seg
uí corriendo y, en aquel momento, tropecé en algo y caí.
Rhettys cayó también conmigo, e intentó levantarse en el acto. Pero yo me había dado cue
nta del lugar en que nos hallábamos, y la retuve fuertemente, impidiéndole el menor
movimiento. Incluso llegué a taparla la boca, para que no pudiera gritar y delatar
así a nuestros perseguidores el lugar en que nos hallábamos.
Esto lo hice porque sentía los esbirros buscarnos por todas partes. Habíamos caído en
una estrecha zanja llena de vegetación, que incluso cubría nuestros cuerpos. Los pas
os de los asaltantes, quienes utilizaban linternas eléctricas para mejor alumbrars
e en la oscuridad, se fueron aproximando hasta quedar muy cerca de nosotros.
No se les ve. Habrán conseguido huir.
Pues debiéramos encontrarlos. Más que por ella, por él.
¿Él? ¿Qué tiene el tipo de particular? Un vulgar escolta de palacio...
No seas imbécil; no es un hombre. Es un robot, Kabé, uno de los mejores y más perfeccio
nados que jamás se han fabricado en la Subgobernaduría de Sol. Dejar libre a Kabé es t
anto como dejar sin hacer el setenta y cinco por ciento del trabajo.
¡Espacio! No sabía que fuera un individuo tan peligroso.
Hubo una breve pausa de silencio, durante la cual oímos claramente las pisadas de
aquellos individuos escrutando los alrededores. Afortunadamente para nosotros, u
na vez caídos en la zanja, la vegetación que la cubría había tornado casi a su prístina po
sición, y nos ocultaba por completo. De no ser por un accidente similar al nuestro
, no podrían hallarnos. Noté el corazón de Rhettys latiendo a ritmo acelerado, pero la
chica, comprendiendo lo inestable de nuestra situación, pudo aguantar tan inmóvil c
omo una estatua.
Las voces se oyeron después un poco más alejadas.
Bueno, bueno, de todas formas, tenemos al Emperador y...
¡Maldito Kabé! Se nos escapó y nos dará más de un disgusto.
Resonó una estridente carcajada.
Por muy listo que sea ese condenado robot, si le doy una orden tendrá que obedecerm
e. Yo soy un humano y él una máquina.
Falta la chica también gruñó el otro.
¿La chica? Ésa no dará que hacer. Nuestro jefe la inutilizará en seguida. Vámonos y no te p
reocupes más; lo interesante, que era raptar al emperador, está logrado, conque...
A regañadientes, asintió el forajido, y luego la pareja, sin dejar de otear el terre
no por si nos hallaba, se alejó de allí.
Dejamos pasar un buen rato hasta hallarnos seguros de nuestra inmunidad. Entonce
s, incorporándome, me arriesgué a sacar la cabeza.
Ya no se veía nada. Era evidente que los raptores habían huido con el emperador, lar
gándose en dirección desconocida. A espaldas mías, Rhettys se puso también en pie.
Se llevaron también a mi padre dijo en tono sombrío.
Si laconicé.
La culpa es mía, Kabé. Si no le hubiera desobedecido...

 No digas cosas que no son de lugar, Rhettys contesté . Posiblemente, y a juzgar por lo
 que hemos oído, hubieran secuestrado también a Su Majestad, en éste o cualquier otro
lugar. Si acaso, les facilitamos un poco la tarea, pero es indudable que hubiera
n acabado por conseguir sus propósitos.
 ¿Por qué los habrán raptado? murmuró ella, como si hablara consigo mismo, pero no di respu
esta a su pregunta, porque entonces se me acababa de ocurrir una idea.
 Rhettys, tú también eres una ÉSPer, ¿verdad? Y como la princesa asintiera, proseguí : ¿Por
intentas ESPar con tu padre?
La muchacha meneó la cabeza con evidente pesimismo.
 ¿Crees que no lo hice, Kabé? No en los primeros momentos, por supuesto; mi cerebro es
taba demasiado turbado con el incidente, para recordar hacer tal cosa; pero desp
ués, apenas caímos en la zanja, he ESPado con todas mis fuerzas, sin conseguir entab
lar comunicación con mi padre.
 ¡Reválvulas! gruñí, al mismo tiempo que enviaba una docena de unidades de refrigeración al
ircuito del desconcierto . ¿Cómo se explica eso, Rhettys?
 ¿Y quién lo sabe, Kabé? Ya oíste a mi padre; tampoco pudo ESPar con mamá, por más que lo int
ntó.
Me froté la mandíbula, no porque me picara el plástico que la recubría, sino porque había
acostumbrado a hacer tal cosa en situaciones como aquélla.
 Esos tipos son muy listos comenté . Conocen las facultades ÉSPeres de Sus Majestades, y
apenas los secuestraron, se las anularon, por algún medio desconocido para nosotro
s. Dejar a un ÉSPer con el cerebro intacto es tanto como condenarse a sí mismos, y e
sos granujas no harán tal cosa.
La mano de Rhettys oprimió nerviosamente mi brazo.
 ¿Crees que... que...? preguntó ansiosamente, sin concluir la frase.
Moví la cabeza, negando.
 No; no creo que los hayan matado. Más bien, por alguna razón que aún desconocemos, los
tienen vivos, pero inutilizados. Es demasiado el prestigio de los emperadores pa
ra arriesgarse a consumar un hecho del cual no podrían volverse atrás. No reafirmé , no l
os han matado. Vivos, y por esos motivos que ignoramos, son una arma formidable
en sus manos. Muertos..., acaso desencadenasen un conflicto que acabaría por devor
arles a ellos mismos.
Los ojos de Rhettys fulguraron repentinamente en las tinieblas.
 Tienes razón, Kabé dijo con energía . Mis padres son un arma en sus manos, para unos propós
tos que no sabemos cuáles son, pero yo voy a tratar de inutilizarles.
 ¿Sí? ¿De qué manera, Rhettys?
El rostro de la muchacha se iluminó con una luz desconocida hasta entonces en ella
, adquiriendo una expresión de gravedad imposible de sospechar en una mujer como e
lla, aparentemente sólo entregada a deportes y diversiones.
 Muy sencillo. Me haré proclamar regente y dedicaré todas las fuerzas del imperio al r
escate de mis padres.
 ¿Regente? inquirí extrañadísimo . Pero...
 No hay pero que valga. Tengo ya dieciocho años; es decir, que he alcanzado la mayoría
 de edad para gobernar, según la ley del imperio, de modo que al proclamarme regen
te de las Nubes Magallánicas no cometo ningún acto anticonstitucional.
Me miró un momento y luego concluyó, con firme decisión:
 ¡Vámonos, Kabé! Así que llegue a palacio, reuniré el Consejo de Ministros para darles cuent
a de mis intenciones. Y tú, entretanto no aparezcan mis padres, o no conozca su su
erte definitiva, serás mi consejero particular.
No podía hacer en aquellos momentos más que una cosa: inclinarme y saludar:
 ¡Alteza!...

*   *   *

De pie, al lado de Rhettys, la cual se hallaba ocupando el asiento que habitualm
ente utilizaba su madre en las reuniones de gobierno del imperio, me encontraba

varias horas después, escrutando atentamente los rostros de los secretarios, que habían acudido a palacio al recibir la llamada urgente de la princesa. El solio de Rivedo permanecía vacío, como mudo testigo acusador del crimen perpetrado, y en los ojos de los asistentes al acto podía percibir claramente el horror que les causaban las noticias recién recibidas.

Rhettys, con nuevas ropas, en las cuales había huido deliberadamente de toda ostentación, se puso en pie.

Estáis enterados, pues, de la suerte que han corrido mis augustos padres, los emperadores. Mejor dicho, del principio, pues la suerte definitiva se ignora todavía. En vista de ello, y puesto que es un acto perfectamente legal, pido vuestra aprobación para mi nombramiento de regente del imperio, y os prometo dedicar todos mis esfuerzos tanto al gobierno del mismo como a hallar a mis padres desaparecidos sin razón ni motivo aparente que lo justifique.

Voner, el secretario de Asuntos Galácticos, se puso en pie.

Alteza, en principio estamos contigo. Puedes perfectamente ser la regente del imperio; la ley te autoriza para ello. Pero mucho me temo que tu juventud sea un inconveniente para un adecuado desempeño de tales funciones.

¿Cómo? ¿Qué es lo que quieres decir, Voner? ¿Acaso me consideras inepta para regente? se encolerizó la muchacha, enrojeciendo visiblemente.

Dabb, secretario de Energía, imitó al anterior.

Estoy con Voner, Alteza. Tu nombramiento de regente ha de ser objeto de un meditado estudio, cosa que no puede hacerse en las actuales circunstancias.

El secretario de Policía clavó otro clavo.

Ahora, Alteza, tu mente está ofuscada por la desaparición de tus padres, cosa que nosotros somos los primeros en lamentar. Por tanto, una persona en tales condiciones no reúne las suficientes garantías para el buen gobierno del imperio. Hemos de estudiar tu propuesta, antes de decidirnos a aceptarla.

Dos o tres secretarios se manifestaron en idéntica forma. Pero Karenty, secretario de Colonización Planetaria, se opuso enérgicamente a las mociones anteriores.

La ley no establece distingos, señores dijo de modo rotundo . La ley del imperio dice que, faltando el gobernante que es su cabeza, el heredero lógico y natural, siempre que reúna condiciones de sanidad mental y física, además de los dieciocho años de edad mínima, ha de ser el regente en tanto le llega la hora de ser emperador. Si Sus Majestades hubieran muerto, Rhettys sería ahora nuestra emperatriz. Desconociendo la suerte que corrieron, y en tanto no tengamos una absoluta seguridad de su fallecimiento, su Alteza debe ser proclamada regente del imperio. Todo aquello que se haga en contra, es una clara vulneración de la ley, y sus autores deben ser castigados en consecuencia.

Una fría sonrisa apareció en el rostro de Voner.

Karenty, tú mismo acabas de darnos la razón al hablar como lo has hecho. Has dicho que el regente debe reunir perfectas condiciones de sanidad física y mental. ¿Las tiene ahora Su Alteza?

Un estallido de cólera inundó el corazón de Rhettys.

Voner gritó : ¿insinúas que estoy loca?

No contestó el secretario, alargando un índice tan acusador como incorrectamente ; pero sí sufres un trastorno mental transitorio, causado por la ausencia de tus padres, cosa lógica en una hija amante de ellos, como tú; y ese trastorno mental transitorio te impide desempeñar tus funciones con la capacidad que debe poseer un regente del imperio.

Abundo en la opinión de Voner dijo fríamente el bigotudo secretario de Policía, Bar-Ibbas.

Después de varias opiniones más, en el mismo sentido, Voner tomó nuevamente la palabra.

Nuestro propósito es, pues, sin desposeerte totalmente de tus derechos, Alteza, nombrar una Junta de Gobierno que se encargue del de nuestro imperio.

Y esa Junta, claro está sonrió desdeñosamente Rhettys , la presidirás tú, ¿verdad?

Voner contestó, de modo inexpresivo:

Lo decidiremos eso ahora... en tu ausencia, Alteza.

Entiendo la indirecta contestó la muchacha, recogiéndose la falda de la túnica . Espero, pues, vuestra decisión en mis habitaciones. Pero no tardéis en hacérmela saber.

Rhettys salió, haciéndome señal de que la siguiera, y caminé tras ella. Recorrimos unos
cuantos pasillos, saludados respetuosamente por los soldados de la guardia, y ap
enas estuvimos en su habitación, Rhettys cerró la puerta rápidamente, mirándome con ence
ndidas pupilas.
Me parece que empiezo a ver claro, Kabé. Siempre pensé que mis padres eran queridos s
in excepción, pero veo que me he equivocado.
La excepción existe contesté, conectando el circuito de la sonrisa . Y, a juzgar por lo
que hemos visto, en las personas que posiblemente, tienen más que agradecer a tus
padres.
Exactamente, Kabé. Pero ellos ignoran que yo guardo algún que otro as escondido en la
manga. Uno de ellos es Delyar.
¿Delyar?
Sí. Vas a ir a buscarlo inmediatamente y traértelo aquí con carácter de urgencia. Aunque
sea tirando de sus cabellos.
Se enfadaría mucho si le despeinase.
Rhettys no hizo caso de mi «boutade».
Delyar me quiere y ésta es la ocasión para que me lo demuestre con hechos más que con p
alabras. Ve, Kabé, rápido.
Soy tu humilde servidor repuse saludándola.
Abrí la puerta y en aquel momento, dos largas lanzas se cruzaron en aspa, impidiéndo
me el paso. Rhettys, al verlo, lanzó un grito.
¿Qué pasa? inquirió . ¡Dejad salir a mi consejero!
Un capitán de la guardia se colocó entre los dos soldados, saludando.
Lo siento, Alteza; pero tengo órdenes de no dejar a nadie salir de tus habitaciones
.
¿Cómo? ¿Qué dices, capitán? ¿Por qué haces eso?
La respuesta del hombre fue clara, tajante, contundente.
Por orden de Voner, presidente de la Junta de Gobierno del Imperio, Alteza.

CAPÍTULO IV

ATURALMENTE, las habitaciones de Rhettys tenían más de una puerta, pero no tardamos
en convencernos de que todas estaban celosamente vigiladas y que la evasión de aq
uel lugar era punto menos que imposible. El palacio era un edificio enorme, colo
sal, y las habitaciones donde moraban sus regios huéspedes se hallaban en los piso
s altos, a bastante altura sobre el nivel de la calle, por lo que resultaba impo
sible pensar en saltar por las ventanas como medio de fuga.
Durante unos momentos, después de que hubimos comprobado la estabilidad de nuestra
situación de prisioneros, nos quedamos en aquel lugar, sin saber, de momento, qué h
acer ni qué resolución adoptar. Admiré a Rhettys porque, siendo casi una niña, no lloró ni
se entregó a demostraciones propias de su edad, sino que, en todo instante, se ma
ntuvo firme y sin desfallecer, si no resignada con su suerte, si, por lo menos,
con cierta apariencia de conformidad que hubiera podido engañar a otro menos conoc
edor de las interioridades del espíritu humano que yo.
Al fin, la muchacha rompió el silencio.
Ya podía figurarme que al rapto de mis padres sucederían una serie de medidas que me
afectarían directamente. El que los secuestró no iba a contentarse solamente con hac
erlos desaparecer; tenía que inutilizarme a mí también.
En cierto modo comenté , es lógico. Si ese hombre, sea quien sea, aspira al trono de las
Nubes, no le conviene tu proclamación como regente.
Y para impedirlo, mantendrá al pueblo ignorante de lo ocurrido hasta que no haya ot
ro remedio y los hechos hayan concluido de consumarse afirmó la muchacha. Guardó Una
breve pausa y después agregó : ¡Si por lo menos pudiera comunicarme con alguno de mis am

igos!
 ¿Delyar? sugerí.
Rhettys sacudió la cabeza.
 Delyar no es ESPer. Toda comunicación que no sea por medios ordinarios está condenada
 al fracaso.
 Prueba con el visófono... aunque me arrepentí apenas pronunciadas tales palabras , estoy
 seguro de que ese es uno de los cabos que no ha quedado suelto, Rhettys.
Ella sonrió.
 Supones bien, Kabé. Probaré, sólo por convencerme de lo que dices, pero no porque no se
a de tu misma opinión.
Efectivamente, y tal como yo había dicho, el visóíono permaneció mudo y su pantalla apag
ada, pese a todos los esfuerzos de Rhettys. Había dos o tres más, en distintas estan
cias, pero a todos les ocurrió lo mismo.
Convencida de ello, Rhettys, en silencio, se aproximó a una de las ventanas. Asomó u
n poco el cuerpo por ella, y luego se retiró, haciéndome señas de que me acercara.
 Fíjate, Kabé me dijo . ¿A quién estás viendo?
 Si mis circuitos están bien montados, no puede fallar la cosa: es Bar-Ibbas, el sec
retario de Policía.
 ¡Traidor! dijo Rhettys, en un súbito ataque de furia . Hacerme esto a mí, en lugar de dedi
car todas sus energías al rescate de mis padres... Si los encuentro algún día, juro qu
e...
Tomé una de sus manos, y mis sensibles termostatos advirtieron que estaba muy cali
ente.
 Repórtate, muchacha dije, utilizando el circuito de la sensatez . Ese Bar-Ibbas está hac
iendo algo que, en estos momentos, le conviene tanto a él como al círculo de conspir
adores en cuyo seno se halla. No olvides por un momento que es secretario de Pol
icía, y que está tratando de excluir la posibilidad de que arrojes un mensaje escrit
o por la ventana. Mejor dicho rectifiqué , no de que lo arrojes, que eso puedes hacer
lo, sino de que, recogido por alguien, pueda ser entregado al amigo a quien lo d
estines. Éste es otro cabo que acaba de ser anudado.
 Ya lo veo dijo ella sombríamente . Ahora, este palacio se ha convertido, literalmente,
 en una jaula dorada para mí. ¿Qué pretenderán hacer conmigo, Kabé?
Desvié mi mirada de la suya, implorante.
 Siento decirte, muchacha, que lo ignoro. De momento, se ve que les interesas viva
. Más adelante...
 ¿Crees que ese Voner sería capaz de matarme? se estremeció Rhettys.
 ¿Quién sabe lo que puede concebir la tortuosa mente de un humano como él? Lo siento, mu
chacha; por más que me he esforzado, no he conseguido adivinar sus propósitos.
Callé y ella me imitó, limitándose a pasear nerviosamente por la estancia, arrojando f
recuentes miradas al exterior, en donde, en los jardines del palacio, y de modo
bien disimulado, se paseaba una cantidad tal de guardias como jamás se había utiliza
do en aquel lugar. Era evidente que Voner, Bar-Ibbas y los demás secretarios compl
icados en la conspiración, querían eliminar el riesgo de un posible salvamento de la
 muchacha y que aquellos guardias formaban un férreo cerco imposible de franquear
en cualquiera de sus dos sentidos. No, no eran tontos precisamente, y nos lo est
aban demostrando palpablemente.
A mediodía se abrió la puerta y por ella penetró un sirviente, masculino, pues no quería
n por lo visto confiar en una posible debilidad femenina, con una bandeja llena
de viandas. El servidor iba escoltado por un capitán de la guardia, de rostro inex
presivo, tan rígido como el cemento, y que guardó un absoluto mutismo a las pregunta
s que le dirigió la muchacha. El servidor dejó la bandeja sobre la mesa y se sintió ta
n elocuente como el capitán, por lo que Rhettys, al cabo, desistió de hacer más pregun
tas.
Cuando nos hubimos quedado solos, volvió la espalda a la mesa. Entonces yo la tomé p
or un brazo.
 No dije moviendo la cabeza , ése no es modo de comportarte, Rhettys. Tu deber es mante
nerte fuerte en todo momento, y si dejas de comer, lo único que conseguirás es facil
itar sus planes. Aunque cada bocado te sepa a hiel, debes comer y mantener tu vi
talidad.
Rhettys asintió y, de pronto, sin poderse contener, rompiendo los diques que habían

mantenido su estabilidad mental hasta entonces, se arrojó en mis brazos, colgándose
de mi cuello en tanto que sollozaba aparatosamente a lágrima viva. Y aquí me tienen
ustedes a mí, a un robot, una máquina, un conjunto de válvulas, circuitos, tensores, v
arillas de acero, palancas y cojinetes de bolas, todo ello recubierto de un plásti
co encantador, tratando de consolar a una muchacha sola y desvalida. Hube de ech
ar mano a todos mis recursos, agotando las posibilidades de mis circuitos memoríst
icos para calmarla, y al fin, cuando lo hube conseguido, modestamente hablando,
mejor de lo que yo mismo esperaba, Rhettys, limpiándose las lágrimas, y sorbiéndose la
nariz, se sentó a la mesa.
Eres muy bueno, Kabé me dijo . ¿Por qué no serás humano?
¡Ah, eso mismo me pregunto yo en más de una ocasión! Pero no soy más que una máquina que de
be su existencia a la mano del hombre, y que, en cualquier momento puede ser des
provista de la diminuta pila atómica que le provee de energía para convertirse en un
vulgar montón de metal, vidrio y plástico.
Mientras yo pueda, eso no sucederá jamás, Kabé.
Gracias, Princesa.
Llámame por mi nombre. ¿O lo has olvidado ya?
No, claro que...
Me interrumpí. La puerta acababa de abrirse.
Seguro, desafiante, dominador, Voner penetró en la estancia, seguido de Bar-Ibbas,
permitiendo que una leve sonrisa de superioridad se reflejara en sus labios. Av
anzó hasta llegar a pocos pasos de la muchacha, y una vez allí, se inclinó levemente,
pero no con el saludo debido al rango de una princesa de sangre imperial, sino c
on el que cualquier humano hace a una mujer.
Alteza dijo , debo felicitarte por las muestras de cordura que has dado en todo mome
nto. Ésto, realmente, demuestra la educación que has recibido y...
Mi educación le interrumpió glacialmente la muchacha , y mi cordura deben ser muy grand
es cuando no os arrojo los platos a la cabeza instantáneamente. ¡Salid de aquí los dos
! ¡Inmediatamente! Lo menos que podéis hacer es evitarme vuestra presencia, que por
sí sola infecta el aire que respiro. ¡Fuera, traidores!
Voner no perdió la compostura ante el roción que acababa de recibir en pleno rostro.
Continuó sonriendo.
Permíteme que te contradiga, Alteza. Todo cuanto hago está inspirado en el más vivo int
erés por la suerte de nuestro imperio. Bar-Ibbas, aquí presente, podrá corroborar fácilm
ente mis palabras.
Así es, Alteza dijo el mencionado, atusándose sus grandes mostachos con aire de conqui
stador . Nuestro más vivo deseo es...
...ver muertos a mis padres y conseguir que yo me doblegue a vuestras inicuas pre
tensiones. Quizá hayáis conseguido lo primero, pero, en cuanto a lo segundo concluyó Rh
ettys con brío , no lo penséis tan siquiera. ¡Jamás!, ¿lo entendéis?, ¡jamás!
Pero Voner no perdía su sonrisa.
No nos comprendes, Alteza. Nosotros solamente queremos tu bien y el del imperio.
Es natural, que, en este caso, hayamos de seguir un camino en apariencia torcido
, pero que no deja de llevarnos a nuestro término.
Esa metáfora sobra. Y vosotros aquí también. Si no tenéis más palabras con que insultarme,
salid de aquí. Ahorradme vuestra presencia al menos.
Muy bien, Alteza dijo Voner . Se hará como dices; pero quiero que comprendas que cuant
o hacemos es por tu propio bien.
Mi bien os importa bien poco refunfuñó la muchacha . Todavía no estoy segura de que no esté
envenenados estos alimentos.
Oh, no, no se horrorizó Bar-Ibbas . Yo mismo los he probado todos antes de darles paso
hasta tus habitaciones, Alteza.
Por conseguir más poderes y honores eres capaz de desempeñar el sucio y repugnante pa
pel de catavenenos dijo Rhettys con desprecio . ¡Qué sorpresa se llevarían mis padres si
te vieran actuar así, Bar-Ibbas!
Sus Majestades aprobarían mi. actitud, Alteza.
Y te echarían al foso de los tigres bicéfalos... que es lo que haré yo, Bar-Ibbas, con
toda seguridad, en cuanto me vea libre de este encierro.
Si con ello hubiera de causarte algún placer sonrió cínicamente el secretario de Policía ,
o mismo saltaría ahorrándote el trabajo de tener que dar la orden.

Basta cortó Rhettys ; ya he oído demasiadas insensateces. Ahora os quiero pedir un favor , si ello es posible y si aún me guardáis algunas consideraciones como hija de quien soy. Deseo hablar con Delyar.
Imposible contestó Voner rápidamente.
Rhettys lo miró suspicazmente.
¿Por qué? laconizó.
Delyar no está en Melphysia. Supuse que desearías verle y envié a buscarle, pero sus se rvidores no me supieron dar razón alguna de su paradero.
La muchacha frunció el ceño.
¿También Delyar? dijo a media voz; y luego alzó el tono . Está bien, gracias. Ya no quiero ada más.
Perdón, Alteza. A pesar de que Delyar, por las razones aducidas y que nosotros somo s los primeros en lamentar, no puede verte, fuera, sin embargo, hay un conocido que desea presentarte sus respetos antes de abandonar el imperio.
¿Un conocido mío? se extrañó Rhettys . ¿Quién es, si puede saberse?
Wanser, de Pi de los Peces del Sur, Alteza.
¿Wanser? Si no le conoz... Ah, si, ahora recuerdo. Me lo presentaron anoche en casa de Delyar. Está bien agregó Rhettys con aire de hastío ; hacedle pasar.
Voner miró a Bar-Ibbas y éste caminó hacia la puerta. La abrió, echándola a un lado, e hiz o una seña para qué el hombre que se hallaba fuera, junto al capitán de la guardia, pa sara dentro.
Wanser avanzó hacia nosotros, y al llegar a dos metros de la muchacha inclinó la fre nte.
Alteza, es para mí un honor infinito haber sido admitido a tu presencia, pero al mi smo tiempo deploro tener que verte por última vez, acaso en mucho tiempo. Mis nego cios me reclaman y debo abandonar con bastante desgana este maravilloso mundo, q ue de modo tan hospitalario se ha portado conmigo.
Tus palabras son muy amables dijo Rhettys, sonriendo a Wanser como si no hubiera o currido nada . Puedes estar seguro de que en cualquier otra ocasión que vuelvas a Me lphysia serás tan bien acogido en palacio como lo has sido ahora.
Un millón de gracias, Alteza. Realmente, hubiera cometido un imperdonable pecado de cortesía si hubiera marchado de aquí sin, por lo menos, intentar verte. Este deseo mío ha sido satisfecho y ya no pido más; con ello me doy por contento.
Rhettvs miró con innegable simpatía al joven comerciante, y luego dijo:
Te deseo un feliz viaje, Wanser, y que todos tus deseos sean cumplidos.
Gracias una vez más, Alteza. ¡Adiós!
Wanser se retiró y medio minuto más tarde los dos conspiradores nos habían dejado solo s. Entonces fue cuando, por fin, Rhettys, descargada un tanto su mente con los i ncidentes recién ocurridos, pudo comer con tranquilidad.
El tiempo empezó a pasar lentamente. Entablamos conversación tras conversación, sin pr ofundizar demasiado en ninguna, porque, inevitablemente, todos los diálogos comenz ados volvían a lo mismo, a lo que acababa de suceder, y así el resto del día acabó de tr anscurrir lentamente.
A la noche trajeron la cena para la muchacha. Un capitán de la guardia penetró en la estancia con el servidor que portaba la bandeja, y Rhettys, de pie junto a una de las ventanas, ni se dignó mirarles. Sólo lo hizo cuando, merced a un imprevisto m ovimiento del servidor, una cuchara cayó al suelo, sonando metálicamente.
Rhettys volvió el rostro instintivamente. Y apenas lo había hecho cuando, dominándose prodigiosamente, supo cortar en flor el grito de alegría y sorpresa que, ya brotab a de su labios.
¡Delyar! ¡Karenty!
Respingué. Mi circuito de la sorpresa estuvo a punto de fundirse al elevarse su te mperatura interna, y sólo gracias al apresurado envío de unas docenas de unidades de refrigeración léase grados centígrados negativos pude mantenerlo intacto. Delyar vestía u niforme de capitán de la guardia, y Karenty era el servidor.
La muchacha tomó las manos de ambos, hondamente conmovida.
¡Mis fieles amigos! dijo . Delyar, Karenty, ¿por qué habéis hecho esto? ¿No sabéis que arri la vida?
Es lo menos que podemos hacer por ti, Alteza dijo el secretario de Colonización Plan etaria . Delyar y yo nos hemos unido para tratar de salvarte.

¿Y cómo pensáis hacerlo? Delyar, ¿qué has hecho para agenciarte ese uniforme?

El joven se echó a reír con suficiencia.

Esos sinvergüenzas te han rodeado de hombres cuya fidelidad está puesta a prueba. Pero no hay fortaleza que no se rinda si se la cañonea debidamente... como yo he hecho, con dinero y promesas de dejar de lado al dueño de este uniforme cuando recobres tu trono, Rhettys.

La muchacha le miró con lágrimas en los ojos.

Sólo a ti podía habérsete ocurrido tal idea, Delyar dijo.

Por el contrario exclamó el joven con modestia ; es de Karenty. Si he de decir la verdad, yo me hallaba ignorante de todo, y de no haber sido por él hubiera continuado en mi bendita ignorancia. Naturalmente, una vez supe todo, mis recursos y cuanto yo poseo fueron puestos a su disposición para conseguir salvarte, Rhettys. Obvio es añadir que te digo lo mismo.

Gracias una vez más, Delyar sonrió la muchacha . Ahora bien, ya estáis aquí; ¿cómo pensáisdo consumar la fuga?

La cabeza de Delyar señaló hacia la puerta.

Los dos centinelas están en el ajo. Se dejarán atontar con facilidad mediante una buena recompensa que les anticipé para que así nadie les pueda reprochar su complicidad en el asunto, y tú y Kabé os vestiréis con sus ropas. La salida de palacio no puede ser más fácil, ¿comprendes?

Rhettys asintió.

¿Y después?

Después... contestó decididamente Karenty , a rescatar a Sus Majestades.

El rostro de Rhettys se iluminó.

¡Karenty! ¿Sabes tú dónde están?

El secretario de Colonización Planetaria sonrió.

Ya lo creo dijo . Esos estúpidos me dejaron fuera de su círculo al mostrarme adverso a sus designios y partidario, por tanto, de tu proclamación como Regente. Pero un hombre no alcanza un puesto en el gobierno del Imperio por tonto precisamente, y he conseguido enterarme de ello.

Rhettys se fue hacia él vivamente. Karenty entonces estaba llenando una copa con vino.

¡Qué sed tengo! dijo suspirando . Permíteme la incorrección, Alteza, pero he hablado tantourante el día de hoy que... ¡Por que recobremos pronto la libertad de Sus Majestades!

Karenty alzó la copa y despachó el vino de un trago. Un segundo más tarde sus ojos parecieron estallar y su cuerpo se dobló en arco, al mismo tiempo que se llevaba las manos ai vientre.

¡Cielos! exclamó con un jadeo agónico, desplomándose al suelo antes de que yo pudiera evitarlo.

Rhettys gritó. Más práctico, y dándome cuenta de que el hombre se moría a chorros, me arrodillé a su lado.

Karenty le grité , ¿dónde están sus Majestades?

En... en... Eumi... y no dijo más, porque la boca se le torció en una mueca convulsa que coincidió con el instante exacto de su muerte fulminante.

CAPÍTULO V

IN darme cuenta solté la cabeza de Karenty, la cual, al golpear contra el suelo, produjo un seco y lúgubre sonido. Esto nos trajo a la realidad de las cosas.

Rhettys se había tapado la boca con las manos para no prorrumpir en un chillido de espanto al ver la súbita muerte de Karenty. Tenía los ojos desorbitados y parecía estar al borde de un ataque de histeria.

Pero Delyar, captando al momento la situación de la princesa, saltó hacia ella, rode
ando sus hombros con el brazo y apartándola de allí. Y como yo ya no tenía que hacer n
ada junto al cadáver del secretario de Colonización Planetaria les seguí hasta el otro
rincón de la habitación.
¡Es horrible, espantoso!... musitaba Rhettys, sin recuperarse todavía del choque que le
había producido el inesperado incidente.
Esto demuestra que el brazo de Voner y sus cómplices es muy largo dije tranquilament
e . Karenty ha muerto. Y tú, Delyar, harás bien en guardarte todo cuanto puedas si no
quieres correr su misma suerte.
A pesar de su aparente tranquilidad, el joven se estremeció.
¡Gran Galaxia! exclamó . Y pensar que acaso pude ser yo el envenenado... O Rhettys, si h
ubiera probado el vino... Todavía no puedo acostumbarme a la idea de...
Me permití interrumpirle.
Dispénsame, Delyar; pero creo que éste no es el momento para hacer comentarios acerca
de lo sucedido. Lo único que cabe es marcharnos de aquí cuanto antes.
¿Y adónde, Kabé? inquirió Rhettys, aún atontada.
No lo sé; Delyar y Karenty se habían trazado un plan...
Que llevaremos a cabo, en efecto, cueste lo que cueste. No pienso tolerar esta si
tuación ni un minuto más de lo absolutamente preciso dijo el joven con justificado to
no de orgullo.
Eso me parece muy bien repliqué ; pero ¿qué plan es éste?
Lo primero, salir de palacio. Ya dije que los dos soldados de la guardia están sobo
rnados por mí. Después...
Karenty habló del lugar donde están mis padres. ¿Lo sabes tú, Delyar? preguntó Rhettys.
El joven sacudió la cabeza.
No; Karenty no quiso decírmelo por más que insistí.
Entonces dijo la princesa con desánimo en el acento de su voz todo lo que hagamos será
perfectamente inútil. Fuera de evadirnos de palacio, ¿qué haremos? ¿Adónde nos dirigiremos
?
Si se me permite una observación, diré que antes de morir pude escuchar todavía unas pa
labras del infeliz Karenty hablé.
Los ojos de Rhettys se iluminaron vivamente al oir las mías.
¿De veras, Kabé? ¿Qué es lo que dijo? me urgió . ¡Pronto; no me tengas sobre ascuas!
Pues no estoy muy seguro, porque no completó la palabra clave. Era... decía algo así co
mo Eudi...
Rhettys no me dejó continuar.
¡Eudimione! ¿Era esto, Kabé?
Por lo menos las dos primeras sílabas, Rhettys contesté; y de pronto vi que los rostro
s de ambos se ensombrecían repentinamente.
¡Eudimione! murmuró Delyar con lúgubres acentos.
¡Eudimione! repitió ella palideciendo horriblemente.
Procuré dominar la impaciencia de mis circuitos mnemotécnicos, ansiosos de saber alg
o que ignoraban por completo.
¿Qué ocurre con esa Eudimione? inquirí.
No es ésa, sino ése, Kabé me corrigió Delyar ; Eudimione es un pequeño planeta de nuestro s
ema, y con los debidos respetos, si en mi mano estuviera, ya habría dado la orden
de destruirlo totalmente.
¡Repernos! gruñí . A juzgar por lo poco que he oído, ese planeta debe ser una antítesis del
raíso Terrenal.
Lo es dijo Delyar . Figúrate un mundo desolado, árido, sin una sola nube en el cielo, te
rriblemente cerca de la estrella que es nuestro Sol, y sin una gota de agua en s
u desierta superficie. El viento y la arena, prácticamente, son las dos únicas cosas
que se mueven allí, en medio de tempestades abrasadoras, capaces de devorar a una
persona en contados minutos si tiene la mala suerte de caer en su vórtice. Para m
ayor terror de quienes por su mala suerte tienen la desgracia de caer en Eudimio
ne, los únicos seres vivos son unas plantas fantásticas, eternamente ansiosas de agu
a, que viven de milagro allí, y que extraen los jugos de la persona o animal que t
iene el infortunio de caer en sus ávidas fauces vegetales, en pocos momentos. Un m
undo de pesadilla; calor abrasador, sed; el viento siempre silbando y aullando,
y la arena agitándose continuamente en fantasmagóricos remolinos, que colorean el ci

elo de amarillo, ese es Eudimione.

Bueno dije ; el panorama que me pintas no es muy atractivo, Delyar. No obstante, conozco yo desiertos terrestres en que llegada la noche...

El joven sacudió la cabeza;

En Eudimione puede decirse que casi no hay noche, y la que hay es de una brevedad desconcertante. Apenas dura tres horas, tiempo insuficiente para reponerse de las inclemencias del tiempo que se padecen durante el día. Esto es debido, primero, a su veloz movimiento de giro alrededor de su eje geográfico, y segundo, a que Eudimione posee un minúsculo satélite, que es en realidad una estrella, la cual, a pesar de su reducido diámetro, apenas un centenar de kilómetros, se halla tan cerca de aquél, que todavía aumenta con sus rayos calóricos la insoportable temperatura que rige durante el día en su superficie.

¡Cáscaras! dije . No es un lugar precisamente para ir de vacaciones.

No; no lo es dijo Delyar , y si llevaron allí a Sus Majestades...

A juzgar por lo que dijo Karenty antes de morir, así es murmuré . De todas formas, me gustaría saber en qué forma se hallarán los padres de Rhettys en el planetita.

¿Por qué lo dices, Kabé? inquirió ella, angustiada.

Muy sencillo repuse . Si sus enemigos hubieran querido matarlos podrían haberlo hecho aquí. De otro modo, no se concibe el rapto, sino como medio de obligarles a hacer algo a lo que ellos se negaban.

¿Qué, Kabé?

Sacudí la cabeza negativamente.

¿Puedo saberlo yo? No; tendríamos que preguntárselo a Voner, y es de suponer que éste no se muestre muy dispuesto a satisfacer nuestra curiosidad. Puesto que Delyar ha aparecido aquí de modo tan providencial, ¿por qué no aprovechar, pues, su plan y largarnos?

No nos dejarán salir de Melphysia arguyó la chica con toda lógica.

Espero que sí terció Delyar . Cuando veníamos hacia aquí Karenty me habló de que tenía una nave rápida aguardándole en el espaciopuerto. Eso quiere decir que pensaba llevarnos a Eudimione.

Pero no sabemos en qué lugar de ese planeta se hallan mis...

Delyar tomó resueltamente el brazo de la muchacha.

Menos lo sabremos si nos quedamos aquí. ¡Andando!

Echó a andar, arrastrando a Rhettys consigo, en tanto que yo les seguía. Al llegar a la puerta, la abrió con rápido gesto, y entonces vi aparecer una mueca de rabia y decepción al mismo tiempo.

Comprendí que algo inesperado había venido a turbar la trama del plan urdido por Karenty, pero Delyar no me dio tiempo a actuar siquiera.

¡Maldición! exclamó con un gruñido apenas inteligible . ¡Han cambiado los soldados!...

Pero el chico era listo, y al mismo tiempo que hablaba actuaba. Su mano voló hacia un lugar de sus ropajes, sacando algo muy parecido a una pistola, cuyo gatillo apretó dos veces.

Sorprendidos los centinelas, fueron alcanzados por aquellos disparos, cayendo fulminados al suelo antes de poder lanzar un grito de alerta. Vi contorsionarse sus rostios horriblemente durante unos segundos, y luego tus miembros se estilaron de una manera que no dejaba lugar a dudas sobre la suerte que acababan de correr.

Delyar soltó el brazo de Rhettys y me llamó.

¡Ayúdame, Kabé!

Cogió por debajo de las axilas a uno de los soldados muertos, arrastrándolo hacia el interior, en tanto que yo hacía lo propio. No soy robot que se entrometa.en asuntos humanos, pero aquello, francamente, me parecía demasiado.

No debiste hacer eso, Delyar dije, observando la palidez de Rhettys.

Lo siento contestó él fríamente . Ellos o nosotros; no había otra opción. Pudieron cambiarl accidentalmente, pero también pudo ocurrir que alguien sospechara de nosotros. El caso es que no eran los hombres a quienes yo había contratado para dejarse golpear y desarmar.

Está bien dije, empezando a desnudar al mío.

Delyar había cerrado la puerta cuidadosamente, y luego me imitó, en tanto que Rhettys nos aguardaba en la vecina estancia.

El joven le llevó a la princesa su disfraz, en tanto que yo me vestía apresuradamente con las ropas del otro. Observé en su pecho, a la altura del corazón aproximadamente, un minúsculo orificio apenas perceptible para otras retinas que no fueran las mías artificiales, dándome cuenta de que aquella herida apenas si había arrojado una gotita o dos de sangre.

¿Qué proyectiles dispara tu pistola, Delyar? inquirí, en tanto ajustaba el casco a mi cráneo.

Una especie de pequeñas flechillas de acero, no mayores de dos o tres centímetros de largo, por un par de milímetros de grueso, emponzoñadas con un tóxico de efectos tan mortíferos como instantáneos. Una cosa muy corriente en Melphysia concluyó con alegría, entregándome una de las lanzas al verme ya ataviado.

¡Diablos! mascullé . ¡Vaya un país de Borgias! y en aquel momento, también completamente eda, salía Rhettys, pálida, pero resuelta.

Delyar se fue hacia ella y le entregó la segunda lanza.

Caminad detrás de mí, a una distancia de un par de pasos, procurando hacerlo con aire marcial. Sobre todo, firmeza en los rostros, que no deben mirar a un lado más que otro, ¿comprendido? Sois una pareja que venís acompañándome para el cumplimiento de una misión, y no tenéis por qué contestar a ninguna pregunta estando yo delante.

De acuerdo asintió Rhettys, evitando mirar a los tres cadáveres que yacían en la estancia.

Delyar nos miró una vez más, y luego se puso a la cabeza, atravesando el umbral de la puerta con paso rápido y firme. Le seguimos, enarbolando nuestras lanzas, y nos dirigimos hacia la salida de palacio.

Nuestro uniforme causó tanto efecto como la misma resuelta actitud con que caminábamos. Recogidos bajo el casco los rubios cabellos de Melphys, vestida con las impersonales ropas militares de un soldado, la muchacha estaba irreconocible, y así pudimos franquear sin el menor contratiempo todos los obstáculos que hubieran podido oponerse a nuestro paso.

En la puerta exterior había un atóbil, en el cual montamos, después de haber dejado nuestras lanzas en el cuerpo de guardia y habernos provisto de sendas espadas de ceremonia, momento que no dejó de afectar sensiblemente a mis circuitos. Pero la tropa que había allí descansando se portaba igual que toda la tropa del mundo hace en similares condiciones: dormir, beber y jugar o gastarse pesadas chanzas, y apenas si repararon en nuestra presencia.

El atóbil, hábil y eficientemente manejado por Delyar, nos llevó al astropuerto. Una discreta investigación del joven nos permitió saber al momento cuál era la nave de Karenty, y hacia ella nos encaminamos en el mismo coche.

En medio de todo no dejé de celebrar la previsión del extinto secretario de Colonización Planetaria. La nave era del tipo convencional de cohete, larga y afilada como una aguja, provista de aletas estabilizadoras que le servían también para planear en los despegues o aterrizajes a realizar en planetas con atmósfera, y a pesar de su pequeñez, comparándola con las colosales naves interestelares dedicadas al comercio que allí había estacionadas, daba una sensación de fuerza y poderío como jamás había apreciado en artefacto alguno de su mismo tamaño.

Los tiempos han cambiado, pero la burocracia es algo connatural con el hombre, pertenezca al sistema que pertenezca, una vez que ha aprendido a escribir primero y fabricar papel después. Un empleado del espaciopuerto vino corriendo hacia nosotros en un atóbil auxiliar, y nos alcanzó en el mismo momento en que la grúa móvil empezaba a izarnos hasta la escotilla de acceso al cohete.

¡En, oigan! gritó el burócrata . No pueden marcharse así; han de firmar primero la autorizaión de salida.

Delyar masculló una gruesa interjección. Tomó la carpeta que el chupatintas le ofrecía y se dispuso a estampar su firma en los formularios que se hallaban sujetos a la carpeta por unas pinzas.

¡Un momento! dijo el hombre . Capitán, usted no es el dueño de esta nave, ¿verdad?

Por supuesto que no sonrió Delyar untuosamente . Es del honorable Karenty, secretario de Sus Majestades para la Colonización de los Planetas del Imperio... y está aguardándonos allá arriba.

El «cric, cric», apenas audible, del funcionamiento de mis circuitos pareció detenerse unos momentos al oír las palabras de Delyar. ¡Espacio! ¡Qué frescura!

¿Arriba? Es extraño; no he visto subir a nadie y...

¿Quiere usted acompañarnos y comprobarlo? El honorable Karenty nos lleva a mí y a estos dos soldados como su escolta, y yo, naturalmente, soy el encargado de todo el trámite necesario para despegar. ¿No irá usted a molestar al honorable con estas tonterías, verdad?

Oh, no, no se azoró el empleado, y cuando vio que Delyar había firmado con un trazo rápido y enérgico, respiró . Gracias, señor.

A usted, amigo repuso el joven displicentemente, levantando una mano. El que manejaba la grúa entendió el gesto y movió la palanca de acceso.

Bruscamente, cuando aún nos faltaba un tercio para llegar a la compuerta, mis sensibles circuitos visuales captaron a lo lejos algo que me llenó de consternación.

¡Mirad! grité, señalando hacia la entrada del espaciopuerto.

Mis retinas artificiales son graduables, a modo de unos prismáticos, de tal forma que puedo, si me es necesario, acercarme las cosas como lo harían aquellos instrumentos. Media docena de atóbiles, corriendo a toda velocidad, llenos de soldados, corrían por el liso pavimento del espaciopuerto, tratando, evidentemente, de interceptarnos la salida del mismo.

Solamente la enérgica actitud de Delyar, encañonando con su terrorífica pistola al empleado de la grúa, impidió que éste nos descendiera de nuevo al suelo, frustando así nuestra evasión. Amenazado de muerte, el hombre nos depositó con todo cuidado en la escotilla, y apenas habíamos pasado al interior, vimos retroceder a la grúa sobre sus orugas a toda la marcha que su conductor podía imprimirle.

Nos sujetamos a las literas antichoque apresuradamente, empezando a sentir ya los primeros estallidos de los disparos enemigos contra los costados del cohete. Eran microgranadas nucleares, limpias de efectos radiactivos, pero los metales de la nave estaban muy bien fundidos y mejor templados, y resistieron perfectamente los impactos de los soldados de Voner.

Lanzando enormes chorros de gases por sus toberas, aplastándonos contra los mullidos de las literas, el cohete despegó en medio de un horrísono bramido que se apagó cuando, segundos más tarde, habíamos rebasado la velocidad del sonido. Y pocos minutos más tarde huíamos a toda velocidad por los cielos magallánicos.

CAPÍTULO VI

A tremenda velocidad de nuestra nave sirvió para dejar a las de Voner clavadas en el espacio. Casi podía decirse que era un astroyate deportivo, construido para alcanzar enormes cifras en sus indicadores de velocidad, y no había nave que pudiera cortarnos el paso, a no ser las interestelares, pero éstas no podían maniobrar en el reducido espacio de un sistema solar, aunque fuera cinco o seis veces mayor que el de la Subgobernaduría de Sol, que es el nuestro. Una nave interestelar está hecha precisamente para eso: para los viajes a las estrellas, y sus métodos de propulsión, uno de los cuales es la distorsión del campo espaciotemporal, son muy diferentes de las que viajan entre los planetas. Por esta parte, pues, podíamos estar tranquilos, ya que sabíamos íbamos a llegar antes a Eudimione que las naves que Voner, sin duda alguna, había mandado ya en persecución nuestra.

Prosiguió el viaje normalmente.

Apenas alcanzada la órbita de viaje nos soltamos las correas que nos habían mantenido sujetos a las literas antichoque. Delyar conectó el circuito que ponía en funcionamiento el campo de gravedad artificial, y así, aunque ésta fuera un quinto de la normal, pudimos desenvolvernos mucho mejor, sin los inconvenientes que presenta un viaje de esta índole en una nave desprovista de gravedad, en cuyo interior es preciso realizar los desplazamientos a base de correas transportadoras, o flotando como globitos infantiles de un lado para otro.

Seguros de nuestra inmunidad, al menos durante cierto tiempo, nos dedicamos a ha
cer una inspección del interior de la nave, cosa que no nos llevó demasiado tiempo.
Hallamos, y bendijimos, que la previsión de Karenty había colocado allí los suficiente
s víveres y agua para una buena temporada en Eudimione. Esto, naturalmente, valía pa
ra los humanos. Para mí, hallé el repuesto de una diminuta pila de radioestroncio, c
osa que no dejó de producir un chirrido de alegría en mis circuitos.
Pero, además de todo esto, y casi fue lo que más nos alegró, había también unos cuantos tr
ajes refrigerados, insotrajes, con los cuales resistir impunemente las fuertes t
emperaturas de Eudimione. Era difícil, por no decir imposible, sobrevivir en la su
perficie de tan horrible mundo sin la protección adecuada, y aquellos trajes nos l
a proporcionarían sin dadas de ningún género.
Una vez familiarizados con el interior de la nave me dediqué a preparar algo de co
mida para los humanos, cosa sencillísima, pues no tenía otra cosa que calentar las l
atas, y después de servírsela, incluyendo sendas tazas de café, aguardé a que terminaran
de comer.
Cuando lo hubieron hecho arrojé los restos por el vertedero de desperdicios y me s
enté junto a ellos con la familiaridad que me había dado el trato continuo. Permanecía
n callados y silenciosos, y yo interrumpí sus meditaciones con una pregunta.
Delyar, ¿cuánto crees que tardaremos en llegar a Eudimione?
El joven pareció meditar un momento. No más allá de tres o cuatro días, teniendo en cuent
a la velocidad de nuestra nave. Con una corriente tardaríamos dos más, con toda segu
ridad.
Pero una vez hayamos llegado allí nos encontraremos con un obstáculo insuperable inter
vino la muchacha.
¿Cuál? dije.
El primero y más esencial de todos, y el que, según creo, no hemos mencionado hasta a
hora: ¿en qué lugar de su superficie se hallan mis padres? Esto, dando por supuesto
que se encuentren en Eudimione, naturalmente.
Rhettys tenía razón. Abstraídos por los azares de los últimos sucesos no nos habíamos perc
atado de aquel detalle fundamental.
Delyar trató de soslayarlo.
Podemos planear sobre Eudimione con la nave, observando el terreno desde una altu
ra no muy elevada sugirió.
La cosa murmuré no es tan fácil como parece. Tendremos que hacerlo a gran velocidad, co
sa que dificultará la observación, y ésta puede verse estorbada por la distancia si, t
ratando de compensar aquel inconveniente, volamos más alto. Además, una sola nave pa
ra rastrillar una superficie de centenares de millones de kilómetros cuadrados es
algo tan pequeño, tan pequeño...
Me interrumpí porque vi las lágrimas a punto de asomar en los lindos ojos de la much
acha. Tomé una de sus manos y procuré tranquilizarla.
Lo siento, Rhettys dije ; pero de nada serviría ocultarte la verdad. Luego la sabrías po
r ti misma y aun sería peor.
En resumen dijo con un ligero temblor en la voz , que vamos a Eudimione, y una vez a
llí no sabremos qué hacer.
Exacto murmuró Delyar, sombrío, de mal talante.
Bueno exclamé con optimismo, tratando de animarlos ; a fin de cuentas, sería mucho peor
hallarnos todavía en palacio, ¿no creéis?
Sí, pero...
Rhettys se cortó repentinamente, y poniéndose en pie se acercó a una de las lucernas,
contemplando el fastuoso espectáculo del cielo, lleno de nubes cósmicas de incompara
ble resplandor y belleza, que no eran otra cosa que enormes aglomeraciones de es
trellas, cuya colosal distancia impedía su resolución en puntos luminosos perfectame
nte definidos, lo que solamente ocurría con las más cercanas.
Pasaron dos dias planetarios sin ninguna novedad, sin que entre los ocupantes de
l astroyate se cambiaran más palabras que las indispensables para la vida que lleváb
amos en su interior. Pero al término del tercer día, cuando ya se vislumbraban en lo
s telescopios de a bordo los primeros detalles de la superficie del planeta punt
o de destino, la luz ámbar de la radio comenzó a titilar apresuradamente.
Fui hacia ella, dando media vuelta al interruptor. Inmediatamente una voz mascul
ina penetró en la estancia.

¡Mayday, mayday! gritó la llamada universal de socorro.

Nos miramos unos a otros, consternados.

¿Náufragos espaciales ahora? dije a media voz.

¡Mayday, mayday! repitió la voz.

Rhettys corrió a mi lado.

¡Ese hombre necesita de nuestro auxilio, Kabé!

Según lo que dice, sí, Rhettys...

Delyar me interrumpió, colocando su mano sobre el dial de mando del transmisor.

¿Y si fuera una añagaza de Voner y sus compinches?

¿Voner? repitió la chica . ¿Tan pronto?

Pudiera ser... empezó a decir Delyar, pero de nuevo la voz del náufrago llamó con insistencia.

¡Por favor, socórranme! Estoy en una situación muy crítica y... el resto de la frase se perdió en una fenomenal descarga de estática que estuvo a punto de hacer cisco mis circuitos auditivos.

No podemos dejarlo abandonado, Delyar exclamó generosamente Rhettys . Hemos de acudir en su socorro.

No acabo de fiarme insistió el joven . Acaso esto eche por tierra, nuestros planes.

No nos costará mucho desviarnos de nuestra órbita para salvar a ese desgraciado dijo Rhettys . Y si resultara verdad lo de la trampa, siempre nos queda el recurso de huir a más velocidad que la otra nave.

Delyar acabó por rendirse ante la lógica argumentación de la muchacha.

Está bien, pero aunque ello pueda disgustarte, Rhettys, quiero que te conste que lo hago en contra de mi voluntad.

Rhettys envolvió a Delyar en una luminosa sonrisa que le derritió las entrañas.

Olvídalo, chico dijo; y luego tomó el micrófono . Escuche, amigo, ¿quién es usted?

El nombre del individuo se perdió en una aterradora descarga de estáticos que estuvo a punto de destrozarnos el receptor. Delyar, maldiciendo por lo bajo, manipuló en el selector, hasta que pudimos oir de nuevo la voz del individuo, cuyos noticias, por cierto, no tenían nada de alentadoras.

...y el oxígeno de la burbuja de salvamento se agota por momentos... Acudan pronto, por fav...

El náufrago calló y vi palidecer a Rhettys. Delyar ya no lo dudó más, y sentándose ante el puesto de mando empezó a tocar una sinfonía en las teclas de la calculadora de órbitas, pidiendo una que nos llevase con la mayor rapidez al lugar donde se hallaba el náufrago.

Rhettys me miró consternada. Como yo, como todo aquel que haya viajado alguna vez por el espacio, conoce lo que son las burbujas de salvamento y lo que se puede esperar y conseguir de ellas.

Una burbuja salvavidas no es ni más ni menos que lo que su nombre indica: una especie de globo, de un par de metros de diámetro, en cuyo interior pueden meterse dos personas como máximo. La burbuja está dotada de un apéndice en el cual hay oxígeno suficiente para veinticuatro horas como máximo, amén de unas cuantas tabletas vitamínicas que pueden sostener las energías humanas durante ese lapso de tiempo. Cuando a bordo de una astronave se da la alarma de naufragio, todo el mundo corre a tomar lo que hoy día sustituye al antiguo chaleco salvavidas de las naves terrestres, tanto marítimas como aéreas: una minúscula cajita, de unos veinte o veinticinco centímetros de ancho por otros tantos de largo y diez o quince de grueso. En el momento oportuno es suficiente tocar un botoncito que hay en la caja para que inmediatamente se forme en torno al individuo que la maneja una especie de globo de plástico, que se solidifica y endurece al contacto con el aire, aunque en ningún momento pierda su elasticidad. Encerrado en esa burbuja, el náufrago puede aguantar veinticuatro horas hasta que vengan a recogerlo o la situación mejore. Pero si transcurrido ese plazo no ha sido salvado, el oxígeno se agota y...

Impulsada por sus potentes motores, nuestra nave recorrió velocísimamente el espacio que nos separaba del náufrago. Nuestros instrumentos ópticos escrutaban cuanto nos rodeaba, hasta que al fin pudimos captar con los objetivos una chispita de luz que en modo alguno podía confundirse con el resplandor de alguna lejana estrella.

Delyar deceleró y equiparó órbitas, y al cabo de poco tiempo nos hallábamos ya junto al náufrago, cuya burbuja flotaba en el espacio como una colosal pompa de jabón, despid

iendo con irisados reflejos los rayos luminosos de los lejanos astros. El joven
manipuló desde dentro el mecanismo de apertura de la compuerta de acceso, y un lev
e empujón de los chorros laterales auxiliares del cohete bastó para meter el globo d
entro de la esclusa. La compuerta exterior fue cerrada y el nivel del aire estab
lecido. Apenas realizadas las operaciones descritas nos lanzamos todos hacia la
escotilla interior, abriéndola. El náufrago se estaba librando de la burbuja mediant
e el uso de un chorro de disolvente de que también iba provisto el salvavidas para
estos casos, y apenas hubo obtenido la abertura suficiente, pasó a través de ella y
caminó hacia nosotros.
Se detuvo como clavado en el suelo, lleno de una lógica estupefacción, de la cual ta
mbién nos hallábamos poseídos nosotros, pues el hombre perdido en el espacio no era ot
ro que Wanser.
Un momento permanecimos todos atónitos, sin saber qué hacer ni qué decir, hasta que Rh
ettys, reaccionando, exclamó:
¡Wanser! ¿Qué hacías ahí fuera?
La muchacha enrojeció apenas sus labios hubieron dejado escapar tan ingenua pregun
ta. Wanser sonrió discretamente y contestó:
Mi nave fue atacada por otra pirata, resultando completamente destruida por el fu
ego adversario, ante nuestra negativa a entregarnos. Puedo afirmar sin presunción
que he sido el único que se ha salvado de la catástrofe.
¿Piratas en esta región del espacio? exclamó, asombradísimo, Delyar . Eso es imposible; las
patrullas de vigilancia...
Precisamente la nave que nos atacó parecía una de las de vigilancia. Por eso nos cogió
confiados; de lo contrario creo que habríamos logrado escapar a su ataque.
¡Naves piratas! repitió meditabundo Delyar; pero entonces Rhettys, saliendo de su inmo
vilidad, obró como debía hacerlo.
Kabé, Wanser necesitará sin duda alimentos y comida después de los malos ratos que ha p
asado en la burbuja.
Sí contesté , al momento.
El joven comerciante sonrió.
Hombre, malos ratos... Acaso últimamente, porque veía agotarse las reservas de oxigen
o. Veinticuatro horas es un plazo muy corto para que un hombre no pueda soportar
las en ayunas. Además, hay que considerar la ración de tabletas vitaminadas que...
Una lata de carne dije volublemente y una taza de café te sentarán mucho mejor que toda
s las pastillas de la galaxia. Aguárdame un momento.
Gracias, amigo dijo Wanser , pero no recuerdo haber oído tu nombre.
En realidad sonreí no lo tengo. Sólo soy conocido por unas iniciales y un número: K. B. 0
00 459-3D5, pero los amigos, Rhettys y Delyar entre ellos, me llaman Kabé, cosa, p
or demás, sencilla y cómoda. Y tú puedes hacer lo mismo, Wanser.
El recién llegado me miró con ojos de pasmo.
¡Un robot! exclamó.
Así es contesté modestamente . Me construyeron en el planeta Tierra de la Subgobernaduría
de Sol, y las causas de que me encuentre actualmente haciendo compañía a la princesa
y a Delyar podrás saberlo cuando ellos te las cuenten mientras te preparo la comi
da. Con permiso...
Volví al cabo de unos minutos, con una bandeja repleta de alimentos. Wanser tenía ha
mbre evidentemente, pues las tabletas vitaminadas sostienen las fuerzas, pero no
causan en el estómago la misma sensación que los víveres corrientes. No obstante, sup
o dominarse y comió correctamente, en tanto que Rhettys y Delyar le ponían al corrie
nte de los últimos acontecimientos sucedidos en el imperio. .
De modo concluyó Rhettys que, bien, a nuestro pesar, te obligaremos a seguirnos a Eud
imione. Tenemos razones fundadas para sospechar que mis padres están allí, y conside
ro mi obligación hacer cuanto pueda por salvarlos. Delyar y Kabé vienen conmigo por
su propia voluntad, Wanser; pero si tú lo desearas, podrías permanecer al margen de
este conflicto, y aun ser transferido a una nave que pudiéramos alcanzar en nuestr
a ruta.
El joven movió la cabeza.
No contestó con firmeza . Es cierto que asuntos importantes me reclaman en la ciudad d
e donde vine, pero dado vuestro proceder, sería un egoísmo imperdonable por mi parte
no colaborar con todas mis fuerzas en el rescate de sus Majestades. Alteza, con

tad conmigo para todo cuanto se precise.
Rhettys, naturalmente, se conmovió y estrechó agradecida la mano de su interlocutor.
 Gracias, Wanser, gracias. Confío en lograr nuestros propósitos, y si esto sucede así, p
uedes contar con que ningún miembro de nuestra imperial familia olvidará jamas tu ge
sto. Ni aunque... Rhetthys se interrumpió un momento, continuando con dificultad : au
nque hubieran muerto, tampoco. Basta tu ofrecimiento para...
 No más lisonjas, Alteza, por favor dijo Wanser . Simplemente cumplo con lo que creo mi
 obligación. A fin de cuentas, ¿no tenía ya perdida la vida?
Hubo una breve pausa, después de la cual, Wanser preguntó:
 Alteza, ¿es cierto todo cuanto he oído de ese planeta?
 Delyar puede confirmártelo, Wanser repuso ella.
El comerciante asintió. Después dijo:
 No del todo terció Delyar . Está bien claro que se hallarán en lugar seguro. En cierto mod
o, son rehenes para algo que ignoramos todavía.
 No del todo terció Delyar . Está bien claro que Voner, alzándose presidente de esa sedicen
te Junta de Gobierno del Imperio, quiere también ceñirse la corona de emperador a su
s sienes.
 Muy posible comentó Wanser distraídamente.
De pronto, ella inquirió:
 Kabé, ¿podremos facilitar un insotraje a nuestro huésped?
 Calculo que sí, Rhettys contesté . Karenty debía hallarse aquí. Por lo tanto, tenia que hab
r preparado cuatro insotrajes, lo cual quiere decir que el que sobra puede ser u
tilizado por Wanser.
 Estoy impaciente ya por llegar a Eudimione dijo el aludido.
Delyar soltó una agria carcajada.
 No tardarás en hartarte de él, amigo.
Wanser lo miró pensativamente, antes de decir reposadamente:
 Posiblemente. Pero éste es un riesgo que hemos de correr y que están corriendo los pa
dres de su Alteza.
 Ello no obstante, nos aguarda una dura tarea. Ignoramos por completo el lugar don
de se hallan prisioneros.
 Si es que acaso viven todavía... se estremeció Rhettys.
 Por supuesto garantizó Delyar . Cuando Karenty murió, sabía que se hallaban en Eudimione.
Esto quiere decir que el que preparó el golpe lo había meditado con la suficiente an
telación, como para disponer allí un alojamiento en el cual poder guardar a sus Maje
stades, con un mínimo de molestias. Repito una vez más que el rapto no tiene objeto,
 sino como tomarlos como rehenes; de lo contrario, ¿por qué no atentar en palacio co
ntra sus vidas?
 Eso es cierto murmuró Wanser, convencido por completo. Luego añadió : Está bien; según he o
nos quedan ya menos de veinticuatro horas para llegar a Eudimione. Debemos dispo
nerlo todo para evitar fallos innecesarios en el último minuto, fallos que podrían a
carrear, al no poder ser reparados por la premura de tiempo, gravísimas consecuenc
ias. Kabé dijo Wanser, mirándome de un modo singular , ¿quieres acompañarme a repasar los i
nsotrajes?
 Desde luego dije.
Me levanté y ambos salimos de la estancia.
Dejamos a la pareja en la cámara de control, y una vez que nos hallamos en el pañol
de víveres, pregunté a nuestro huésped:
 Me pareció que querías decirme algo aparte, Wanser. ¿De qué se trata?
Una maliciosa sonrisa brilló en los ojos del interpelado.
 Oh, de nada de eso, Kabé. Pero a los enamorados les gusta un poquito de soledad de
vez en cuando ¿comprendes?

CAPÍTULO VII

OMO había dicho Delyar, el aspecto de la superficie de Eudimione no podía ser más desolador. Era un mundo de horror, un colosal escenario de pesadilla, agitado continuamente por feroces tormentas de viento y polvo, que hacían amarillear la atmósfera hasta unas alturas muy superiores a las normales en casos similares. La temperatura era sofocante en el interior del astroyate, y Delyar hubo de poner en marcha el mecanismo de refrigeración para poder mantener un ambiente aceptable dentro de la nave.

Para poder volar a una velocidad mínima, precisó poner en marcha los chorros auxiliares inferiores, con lo cual consiguió dejarla en unos modestos cincuenta a la hora, esto con el fin de navegar lo más cerca posible de la superficie del planeta y así poder hacer mejor nuestras observaciones visuales. Golpes de viento huracanado azotaban con frecuencia los costados de nuestra nave, haciéndola tambalearse a pesar de su solidez, subiendo y bajando como vulgar pelota de goma en el seno de las olas de un mar embravecido.

El panorama, en el cual predominaba el color amarillo, salteado en ocasiones por ramalazos marrones y rojizos, de sucios tonos, no tenía nada de agradable. El suelo era casi liso, con leves ondulaciones, y sólo muy de cuando en cuando aparecían algunas agudas crestas de montañas, erguidas y amenazadoras, surgiendo entre la tempestad como mudos fantasmas de un pasado inmovilizado en rocas eternamente torturadas por el viento y la arena.

Eudimione no era muy grande, cosa fácilmente apreciable por la curvatura de su horizonte, que se advertía aun volando a ras de su suelo. Pero, ello no obstante, debía poseer un núcleo particularmente denso, puesto que la gravedad allí venía a ser casi la terrestre, lo cual no dejaba de favorecernos a nosotros, acostumbrados de continuo a desenvolvernos en tales condiciones. Por encima de las rugidoras nubes de la incesante tormenta, se veía el glauco ojo de su satélite estrella, derramando ríos de calor sobre la superficie del planeta, en tanto que el sol de aquel sistema vertía asimismo sus chorros de fuego desde un lugar casi diametralmente opuesto.

Durante un buen rato, después, de que hubimos alcanzado la cota mínima exigible para la operación exploratoria que habíamos iniciado, continuamos volando en la misma forma. El suelo aparecía y desaparecía de modo tan intermitente como incesante, a tenor de las caprichosas alternativas de la tempestad, que elevaba nubes de polvo y arena a grandes alturas, en trombas y torbellinos cuyo estruendo llegaba claramente hasta nuestros oídos, pese a la solidez de los mamparos de la nave.

Dos o tres horas habrían pasado desde nuestra llegada al planeta, cuando, de modo brusco, estuvimos a punto de convertirnos todos en papilla. Surgiendo del seno de una espesa nube de amarillo polvo, un enorme farallón rocoso apareció ante nosotros, cortándonos el paso con su inmensa mole, tajada a pico durante unos cuantos centenares de metros, del suelo a su dentada cresta.

La maniobra de Delyar, que era quien pilotaba la nave, no pudo ser menos académica, pero al menos nos salvó la vida. El aparato se inclinó horriblemente a un lado, virando ceñidamente en sentido vertical, hasta clavarnos a los asientos, como consecuencia del imprevisto desarrollo de la fuerza centrifuga debida al inesperado viraje.

Escuché claramente las imprecaciones de Delyar, quien, tras no pocos esfuerzos, consiguió nivelar el aparato. Empezó a decir que sería conveniente elevarnos un poco para soslayar el posible peligro de otro obstáculo como el que acababa de salvar, pero apenas había iniciado sus palabras de sugerencia, los chorros comenzaron a portarse de una manera muy extraña.

Se callaron un segundo, haciendo vacilar la nave. Reemprendieron su marcha, pero luego tosieron y escupieron de un modo muy desagradable para nuestros tímpanos. Ruidos raros y extraños comenzaron a oirse en el interior de las toberas de eyección, y al fin, uno tras otro, comenzaron a pararse después de unas falsas explosiones.

Delyar hizo inauditos esfuerzos por volverlas a su ritmo normal, pero todo fue inútil. Los motores no respondían a los mandos, e inexorablemente, perdiendo su medio de propulsión, el cohete comenzó a descender.

¿Qué ha ocurrido, Delyar? inquirió Rhettys, pálida, pero manteniendo en todo momento su serenidad.

Muy sencillo contestó el joven, mordiéndose los labios , que estos motores están construidos para funcionar con gases, pero nunca con arena. Estoy seguro de que tengo más de quinientas paletas de las turbinas convertidas en astillas.

¿Y... y no hay...?

Wanser intervino en aquel momento.

Lo único que cabe hacer en estos momentos es confiarnos a la pericia de nuestro buen amigo Delyar, de la cual ha dado sobradas pruebas hasta ahora. ¿Podrás aterrizar como si fuera un avión corriente, Delyar?

Éste dejó que una pálida sonrisa añorara a sus labios.

Poder... no lo sé; ahora bien, que es lo único que se puede hacer, de eso estoy bien seguro. ¡Cuidado, amarraos bien a los asientos!

El rugido del viento penetró claramente ahora que habían callado los motores, hasta el interior del aparato. Éste continuó dando bandazos y saltos, agitándose fuertemente, en medio de aquella amarillenta neblina, que no permitía la visión más allá de treinta o cuarenta metros y que nos envolvía absolutamente por todas partes. Pero nuestro descenso continuaba visiblemente y la fricción del aire contra las superficies sustentadoras aumentaba a cada segundo que transcurría. Horribles chirridos, procedentes de los golpes de polvo y arena que se estrellaban de continuo contra nuestro aparato, herían sin cesar nuestros oídos, proporcionándonos sentimientos que no tenían nada de agradables y si mucho de fúnebres y siniestros.

Súbitamente, Rhettys lanzó un grito.

¡Cuidado, Delyar! y le asió nerviosamente por el brazo.

La ondulada superficie del suelo acababa de aparecer ante nosotros, en un inesperado claro de la tormenta. Pero también se vieron unas cuantas rocas que sobresalían de la arena incesantemente revuelta, y hacia las cuales nos encaminábamos con la velocidad de una bala.

El piloto oyó el aviso.

Delyar manejó los timones de profundidad y dirección a la vez, ganando altura al mismo tiempo que se desviaba hacia la derecha para soslayar aquel inesperado obstáculo. Pero la maniobra no resultó todo lo perfecta que él hubiera deseado. Y nosotros también, por supuesto.

La extremidad del estabilizador izquierdo chocó repentinamente contra una de aquellas agujas de roca, afiladas corno puñales, que se elevaban a treinta o cuarenta metros sobre el nivel general del suelo, desgajándose con horrísono estruendo. El aparato vaciló y se bandeó a un lado y a otro, como una persona en estado de embriaguez, y luego, de manera aterradora, inclinó el morro hacia abajo, casi perpendicularmente.

Sólo un desesperado esfuerzo de Delyar, ejecutado en el último momento, pudo evitar se consumara la catástrofe. La proa del cohete se levantó, pero ya no se podía hacer más: el contacto con la superficie de Eudimione era ya inevitable.

La panza del cohete chocó contra el suelo, y el choque fue acompañado instantáneamente de un terrible ruido de metales rotos y desgarrados. El aparato se deslizó por aquel suelo arenoso, levantando colosales torbellinos de arena y polvo, que nos envolvió literalmente, al mismo tiempo que, arrastrado por la inercia del empuje inicial, corría velozmente, dejando tras sí enormes fragmentos de su metálica estructura.

Un horrible estrépito nos envolvió en todo el tiempo que duró aquel aterrizaje, al mismo tiempo que el aparato era zarandeado furiosamente de un lado para otro. El estabilizador de estribor se quedó atrás, cortado limpiamente por una roca saliente, después de un trueno espantoso, que nos aturdió a todos, y por fin, luego de unos cuantos saltos y rebotes epilépticos, el aparato se inmovilizó.

Durante unos momentos, permanecimos quietos allí, en el mayor silencio, escuchando los lúgubres aullidos del viento, que arrojaba tormentas de arena contra las lucernas del aparato, afortunadamente intactas. Pero al pararse los motores, se había detenido también el motor auxiliar que nos proporcionaba la refrigeración, y la temperatura había aumentado insoportablemente en el interior de la nave.

Hubo unos momentos de consejo, después de los cuales se decidió emprender una acción preliminar exploratoria, y después de tomada aquella resolución, nos dispusimos a colocarnos los insotrajes. Enfundados en aquellos incómodos ropajes, comprobamos el perfecto funcionamiento de los instrumentos, graduando la temperatura interior de los trajes a la comodidad de cada uno, y después nos dispusimos a salir.

Delyar abrió la primera compuerta a brazo, pues el servomotor correspondiente, falto de la energía facilitada por el principal, no funcionaba, y luego hizo lo mismo con la segunda. En el mismo momento, algo, penetrando por allí con terrible fuerza, le golpeó en un hombro, derribándolo al suelo.

Rhettys lanzó un agudo grito, fácilmente perceptible a través de los transmisores-receptores. Aquella cosa que había entrado por allí parecía un colosal látigo, de color entre marrón y amarillento, con estrías rojizas, que se agitaba nerviosamente, como buscando algo en lo que hacer presa.. Calculé su longitud en al menos una decena de metros y su grosor en más de treinta centímetros, dando su sola visión una aterradora sensación de fuerza y poderío despiadados.

En el equipo del insotraje se hallaba incluida una pistola desintegrante, que utilicé antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar. El extremo de aquel colosal látigo tanteaba el terreno en busca de Delyar, aún caído en el suelo, pero mi primer disparo, hecho a la parte mas alejada del joven, convirtió en una nube de hediondo humo, que se disipó rápidamente, buena parte de aquella malvada cosa.

¡Quietos! grité . No os mováis hasta que...

Con las debidas precauciones, y en tanto que Wanser retiraba a Delyar de aquel lugar, yo me asomé a la puerta del cohete. Delyar no había mentido acerca de los misteriosos vegetales que habitaban Eudimione, y la verdad es que su vista bastaba para marear al más templado.

En el primer momento semejaba un pulpo de cuatro o cinco tentáculos, uno de los cuales había desaparecido ya, anclado de forma invertida en el suelo. Los tentáculos se agitaban y movían de repelente manera, buscando incesantemente una presa con que satisfacer su eterna avidez de agua. En el punto donde convergían los tentáculos, nacía una especie de corona o halo de gruesos filamentos vellosos, de un metro largo de longitud, en torno a toda la base, y que se estremecía con apenas perceptibles movimientos, no por ello menos siniestros. Y, por último, en su centro, se veían cuatro hojas en forma de hoz hueca, armadas con poderosas espinas, de gran dureza, cuya misión era concluir de sujetar a la presa atrapada por los tentáculos. El conjunto, en suma, era repelente a no poder más, y cuadraba perfectamente con el desolador panorama que se extendía ante mis circuitos visuales.

No vacilé un segundo; fríamente, tomando puntería con toda calma, liberé un par de descargas que, dirigidas a la base de la feroz planta, la convirtieron en una nube de humo, que muy pronto se esparció por la agitada atmósfera de aquel singular planeta.

Me volví hacia los humanos.

Podemos salir ya dije . No obstante, deberemos caminar con infinito cuidado; encontrarnos con mas plantas de esta clase no debe ser muy difícil. ¿Te encuentras mejor, Delyar?

Sí, gracias, Kabé contestó el joven, saltando al suelo detrás de mí.

Dejamos que nuestras miradas se pasearan por los alrededores, bien que el panorama, forzosamente, estuviera limitado por la espesa cortina de polvo y arena en perenne movimiento. De vez en cuando, el viento cesaba y la arena caía al suelo en caprichosos amontonamientos, pero esta tranquilidad, que extendía el radio de acción de nuestras miradas, duraba bien poco. Casi en seguida el viento volvía a soplar y a levantar torbellinos de arena, alterando así, de incesante manera, la configuración del terreno.

El termómetro de que estaba provisto el insotraje me dijo que la temperatura exterior era de unos 50º, difícilmente soportable para un cuerpo humano en condiciones corrientes. Aquel ambiente era de extrema sequedad, en pocas horas quedaría muerto por simple deshidratación.

Bueno dijo Rhettys a través de la radio, en la cual se notaban numerosos chasquidos de las descargas de estáticos , ¿qué dirección tomamos ahora, Delyar?

Éste se encogió de hombros, sonriendo a través del azulado cristal del casco del insotraje.

Cualquiera es buena repuso . No obstante, y a juzgar por la dirección que hemos traído, caminando en sentido casi opuesto, llegaremos en pocos momentos a aquel muro rocoso contra el cual estuvimos a punto de estrellarnos.

¿Por qué allí precisamente? preguntó Wanser.

Delyar hizo otro gesto vago.

No tengo especial interés en caminar por un lado o por otro, pero calculo yo, y espero me déis la razón, que es el único lugar hacia el cual podemos dirgirnos con cierto motivo. Allí, y puesto que nuestro aparato, desgraciadamente, no puede ya remontar el vuelo, es fácil encontrar una gruta en la cual guarecernos, y a donde trasladar todas las cosas que puedan sernos útiles y que se puedan desprender de la nave, tales como transmisores de radio, instrumentos, armas, víveres y demás. Sería muy raro que en un accidente orográfico como es aquel muro rocoso no hubiera una cueva o una oquedad que pudiera servirnos de refugio.

Encuentro muy sensato lo que dices, Delyar murmuró Vanser . Y, puesto que has tenido la virtud de exponer en pocas palabras la situación actual, lo mejor será que emprendamos la marcha cuanto antes.

Asintiendo todos a lo dicho por Wanser, echamos a andar. La marcha, por supuesto, resultó bastante dificultosa. A los duros embates del viento, que nos hacía vacilar en más de una ocasión, había que añadir la blandura de la arena, en la que se hundían nuestros pies hasta más arriba del tobillo, dificultando así enormemente la locomoción.

La temperatura aumentó, y aunque ello, en puridad, no representaba para mí ningún grave inconveniente, vi que los humanos aumentaban la fuerza de sus refrigeradores individuales.

Durante largo rato caminamos sobre la arena, que no cesaba de moverse un segundo. Cuando el viento cesaba un poco, el panorama se aclaraba bastante, permitiéndonos ver un paisaje completamente sahariano: dunas y más dunas, de todas las formas, pero con los lomos curvados, sucediéndose unas a otras hasta perderse en el infinito. Y sobre nosotros, los implacables ojos de los soles que abrasaban la atormentada superficie de Eudimione.

Una planta carnívora nos salió al paso, haciendo brotar sus tentáculos de la arena, donde, enterrados, aguardaban pacientemente, acaso durante siglos, el paso de alguna víctima que les permitiese saciar conjuntamente su sed y su hambre. La desintegré de dos disparos y continuamos, no sin que en mi cerebro positrónico se formulara la lógica pregunta que cabía en aquellos momentos: ¿Qué planeta tan extraño y misterioso era aquel en que las plantas podían vivir casi una eternidad?

Pero todas mis robóticas cogitaciones fueron interrumpidas bruscamente por la aparición, a menos de un centenar de metros, de un impresionante conjunto de farallones que nos cerraba el paso, y cuya cima se perdía en lo alto de aquellas turbulentas nubes de amarillo color.

Escuché perceptiblemente, a través de los transmisores, los suspiros de alivio de los humanos habiendo llegado ya al término de su viaje. Después de aquella momentánea detención, reanudamos la marcha con bríos renovados.

Delyar tenía razón. Por el momento, el altísimo farallón, cuyo principio y término se perdían en el seno de la interminable tempestad, nos protegía bastante de ésta, creando una especie de vacío en su. base, donde el viento soplaba con mucha menor fuerza. Las rocas eran de color rojizo oscuro, con vetas marrón y amarillas, y en ellas se veía la muestra de la incesante erosión eólica a que estaban sometidas desde hacía quizá miles de siglos y que acaso durase otro tanto, antes de convertirse en polvo y retornar el suelo a una uniforme planicie.

Nos sentamos en la base del farallón, descansando unos momentos, pues la marcha, que había durado una hora larga, había agotado las fuerzas de los humanos. Les vi manejar el mando que hacía brotar una espita en el interior del casco que, colocada en la boca, suministraba agua, y les recomendé moderación para prevenir posible carestías del preciado elemento. La grieta en donde nos habíamos sentado nos protegía casi por completo de los embates del viento y el polvo, y así permanecimos unos cuantos minutos, hasta que, de pronto, Rhettys, más impaciente lógicamente que los demás, se puso en pie.

¿Qué dirección tomamos ahora, Delyar?

Supongo que será indiferente ir en un sentido o en otro contestó el joven, incorporándose al mismo tiempo que Wanser . Lo que tú quieras, Rhettys.

La muchacha vaciló un momento, y luego, encogiéndose de hombros, señaló con la mano hacia su izquierda. Los humanos asintieron y, sin más, reanudamos nuestro camino.

Marchamos ahora siempre al pie del muro, de modo que no nos separábamos de él ni siquiera el largo de un brazo. La línea general del paredón rocoso tendía a la rectitud, aunque, de vez en cuando, bruscos salientes nos obligasen a forzados giros de di

rección. De pronto, al doblar una de estas esquinas, nos topamos de manos a boca c
on una enorme oquedad abierta en plena roca.
La gruta tenía al menos cuarenta metros de anchura por quince o veinte de alto, y
su fin no podía adivinarse, debido a las densas tinieblas que había en su interior.
Recobrados de la sorpresa causada por aquel hallazgo tan inesperado en cierto mo
do, emprendimos el avance por el interior de la gruta, cuya menor temperatura no
dejó de notarse casi al instante.
Entonces, cuando apenas habríamos ganado quince o veinte metros bajo los elevados
techos de aquella oquedad, cuando vacilábamos en seguir adelante a causa de descon
ocer tanto las dimensiones de aquella enorme gruta como los posibles peligros qu
e en ella podían encerrarse, algo extraño ocurrió.
La cosa pasó del modo más tonto y, hasta cierto punto, corriente: Rhettys pisó en fals
o y, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo.

CAPÍTULO VIII

N igualdad de circunstancias, todos los humanos se comportan de la misma o pare
cida manera, y, naturalmente, Rhettys no había de constituir ninguna excepción. Ni s
us acompañantes tampoco.
La princesa cayó de costado, tratando de parar el golpe con sus manos, al mismo ti
empo que, involuntariamente, lanzaba un pequeño grito de susto. Sus acompañantes se
precipitaron a socorrerla, aun antes de que yo intentara hacerlo tan siquiera.
¿Te has hecho daño?
¿Qué ha ocurrido? preguntaron los dos, al unísono.
Rhettys sonrió a través del azulado vidrio frontal del casco.
No ha sido nada. Simplemente, pisé mal y...
La muchacha se incorporó inmediatamente, sin haber sufrido nada de particular. Per
o yo no me ocupaba en aquellos momentos de ella, porque toda mi robótica atención es
taba centrada en algo que bien podía calificarse fuera de serie, especialmente en
aquel lugar en que nos hallábamos.
Era lógico que ninguno nos hubiéramos fijado en aquel detalle, puesto que todas nues
tros pensamientos estaban fijos en lo que podía haber en el fondo de la gruta. Dic
iéndolo en términos vulgares, los árboles no nos habían dejado ver el bosque, que en est
e caso, eran ni más ni menos que las rodadas del tren de aterrizaje de algún artefac
to volador o astronáutico.
Ahora, mirando sobre todo a contraluz, podía ver perfectamente la ancha huella de
una rueda, que había hundido el arenoso pavimento en más de diez centímetros de profun
didad, seguramente como consecuencia del enorme peso de la nave, y cuya anchura
podía calcularse muy bien en cuarenta o cincuenta centímetros. Mirando hacia la izqu
ierda, a cuatro o cinco metros de distancia, se veía otra huella similar, y otro t
anto separada, una tercera, de forma absolutamente idéntica a las anteriores, lo c
ual señalaba claramente las tres ruedas del tren de aterrizaje de la misma, que mu
y bien podía calificarse de misteriosa nave.
Como no podía menos de suceder, los humanos se extrañaron de mi actitud. Habían camina
do unos cuantos pasos, pero volvieron sobre ellos, al verme absorto en mis pesqu
isas.
¿Qué te ocurre, Kabé? preguntó Rhettys.
Alargué el índice con significativo ademán.
Esto, simplemente contesté, y un poco después añadí : ¿Qué os parece?
Se miraron unos a otros, con la lógica consternación que es de suponer. Y si he de s
er franco, mis circuitos andaban un tanto alborotados, pues todos habíamos pensado
hallarnos en un mundo deshabitado, y nos encontrábamos con que, de pronto, había tr
azas de que seres con inteligencia habían pasado por allí.

Y no hace mucho, además recalqué, rompiendo el tono silencioso en que habíamos caído.

¿En qué te fundas para asegurar tal cosa, Kabé?

Muy sencillo les dije . Los embates del viento quedan muy disminuidos en la base de estos farallones, y apenas si penetran, de no formar parte de algunos violentos coletazos, en la cueva. Pero, a la corta o a la larga, acaban por alisar el suelo, borrando del mismo toda huella, cosa que ocurre con las que tenemos presentes.

Es cierto murmuró Wanser.

Entonces, ¿cuanto tiempo hace que se marcó esta huella? inquirió Delyar.

Esa pregunta es ya muy fuerte para mí repuse . Lo único que sí puedo asegurar es que se trata de una nave de gran porte. Incluso juraría que tiene motores interestelares.

Wanser lanzó un agudo silbido.

¡Diablos! exclamó a media voz . ¡Una nave interestelar aquí!

¿Y qué es lo que podría hacer? preguntó la muchacha.

Posiblemente nos lo digan sus tripulantes... si los hallamos contesté.

Rhettys miró instintivamente hacia la parte opuesta a la entrada, y de la que las tinieblas no permitían ver su final.

¿Estarán ahí?   preguntó temerosamente.

Ninguno de nosotros supo dar la respuesta adecuada a tal pregunta. Sin embargo, yo tenía que hacer una sugerencia, que fue inmediatamente aceptada por todos.

al examinar el termómetro exterior del insotraje, me había dado cuenta de que la temperatura bajo el techo de la cueva había descendido unos quince grados, de modo que la cosa había quedado en alrededor de 35°, perfectamente soportable. En vista de ello, pues, dije:

Si estimamos conveniente investigar lo que puede haber aquí, en el interior de la cueva, podríamos despojarnos de los insotrajes. Así, al mismo tiempo que nos aliviamos de una indudable molestia, podemos conducirnos con mayor facilidad y, al mismo tiempo, ahorrar la carga de la batería que pone en funcionamiento la diminuta planta refrigeradora de los mismos y proporciona energía a los transmisores de radio.

Aceptada, pues, mi sugestión, nos despojamos de los insotrajes, guardándolos en una concavidad que encontramos sin gran esfuerzo, después de lo cual decidimos avanzar hasta hallar el secreto de aquella misteriosa oquedad.

En el mayor silencio, echamos a andar, muy juntos unos a otros, todos con las armas a punto. A medida que ganábamos terreno, las tinieblas se espesaban, y la temperatura descendía paulatinamente. Solamente teníamos la luz que nos proporcionaba la abertura de entrada, y pese a las grandes dimensiones, ésta cada vez iba disminuyendo habiendo menos visibilidad.

Bruscamente, Rhettys se detuvo, al mismo tiempo que con una de sus manos aferraba mi brazo. Extendió la otra y gritó:

¡Mirad! ¡Allí! ¡Allí!

Dada la total ausencia de luz en el fondo de la gigantesca concavidad, no podíamos calcular, pues, su tamaño, por lo que tampoco pudimos averiguar la distancia real a que se hallaba aquel resplandor luminoso, de un extraño tono azul fosforescente, cuya procedencia no podíamos identificar de modo satisfactorio para nosotros.

De pronto, el resplandor azul, cuyo tono era muy claro, aumentó perceptiblemente, al mismo tiempo que en su seno se veían aparecer unas extrañas siluetas. El ronco zumbido de un motor corriente llegó a nuestros tímpanos.

Tomar una decisión fue cosa breve. En tono normal, exclamé:

¡Pronto! ¡A la pared!

Mis humanos compañeros me entendieron instantáneamente, y aceptando la sugerencia, corrieron hacia la pared más próxima de la cueva, contra la cual nos aplastamos, procurando no ser vistos. Aquel muro no era liso, sino de constitución bastante irregular, y pudimos hallar una senda con la suficiente profundidad para escondernos a los cuatro. El rugido del motor aumentó perceptiblemente, multiplicado aún más por la poderosa caja de resonancia que era aquella gruta. Dos focos de regular potencia se encendieron bruscamente, barriendo las tinieblas, pero, como prácticamente nos daban casi en los ojos, no pudimos ver nada.

No fue sino hasta un minuto más tarde cuando mis circuitos visuales captaron la imagen de un colosal tractor, a cuya zaga iba sujeto un fuerte cable de remolque, que tiraba de una enorme nave, el tamaño de cuyas ruedas de aterrizaje no hizo sin

o corroborar mis anteriores hipótesis sobre el particular. La nave era parecida a
la nuestra, aunque considerablemente mayor, puesto que su parte superior pasaba
justo a ras del techo, y no me hizo falta pensar mucho para saber que estaba ada
ptada a toda clase de viajes: lo mismo aéreos, que interplanetarios o interestelar
es.
El tractor sacaba al aparato fuera, para que pudiera despegar, y una vez que amb
as máquinas estuvieron en el exterior, el conductor del primero desató el cable de r
emolque, recogiéndolo, y se apartó a un lado. Los chorros del cohete bramaron ensord
ecedoramente, transformándose luego el estruendo en un aullido que desapareció cuand
o la nave hubo ganado altura.
La luz azulada del fondo de la cueva había desaparecido. El tractor inició el regres
o, alumbrándose el camino con sus faros, y entonces fue cuando, aprovechándome del r
uido que el motor hacía, dije a los humanos:
Sería muy interesante capturar al conductor y ver qué nos cuenta, ¿no os parece?
Los ojos de ambos jóvenes se iluminaron con una luz de decisión al escuchar mi suger
encia. Lo hubiera hecho yo, sin pedirles auxilio, pero corría peligro de que el hu
mano se defendiese y me causara algún daño irreparable en mis mecanismos, sin que a
mí, por mi condición de robot, me quedara el recurso de anticiparme a su autodefensa
y a sus posibles golpes.
Así, pues, Delyar y Wanser, obrando de manera simultánea, aguardaron a que el tracto
r hubiera pasado a nuestra altura y entonces, cuando estuvieron seguros de no se
r descubiertos por sus reflectores, echaron a correr, tratando de ganar la zaga
del poderoso vehículo.
La sorpresa fue completa. El individuo, artes de respirar, se encontró con las boc
as de dos desintegra.ntes metidas bajo las narices y no tuvo ánimos para resistirs
e. Y en cuanto vimos que el relativo peligro había desaparecido, Rhettys y yo corr
imos también hacia el tractor.
El conductor del oruga estaba completamente despavorido, mirándonos con ojos en lo
s que se veía la total sorpresa que le había causado el imprevisto asalto.
¿Qué... qué es lo que quieren ustedes...? balbució aterrado.
Poca cosa, amiguito repuso Delyar . Simplemente, que nos digas quién era el piloto de
esa nave, adónde se dirigía y qué es lo que había aquí. Después de esto, el joven me miró, s
citando mi aquiescencia . ¿Está bien así, Kabé?
En mi robótico entender, sí, Delyar.
Éste se volvió hacia el cautivo, cuyas manos seguían aferradas a los mandos del oruga.
Vamos, pájaro de mal agüero, desembucha. Contesta a lo que te he preguntado. ¿Quién viaja
ba en la nave?
El... ah... el secretario de Energía...
¿Dabb? inquirió, casi con un chillido, Rettys.
El prisionero asintió.
¡Traidor! jadeó la muchacha.
¡Pronto! gritó Delyar . ¿Dónde iba?
A... creo que a Melphysia...
¿Para qué?
Eso sí que ya no lo sé... Yo solamente obedezco órdenes... y...
¡Sigue o te abraso!
Le juro que no sé más lloriqueó el hombre, cuyos ojos no se apartaban de la ancha boca d
e la desintegradora . Créame, por favor...
No sigas, Delyar terció Rhettys . Estoy segura de que este hombre dice la verdad.
Pues yo se la sacaré aunque tenga que arrancarle el alma gruñó el joven, quien, acto seg
uido, golpeó con el cañón de la pistola la boca.del prisionero . ¿Hablarás, perro?
La mano de Wanser se posó suavemente sobre la del iracundo Delyar.
Comprendo tus razones, amigo le dijo con reposada entonación ; mas, sin embargo, es fáci
l suponer que este hombre no sepa ya más de lo que sabe. Un secretario del imperio
no suele hacer partícipe de sus confidencias a un simple conductor de orugas.
Eso es.. suspiró el hombre, un tanto aliviado por aquella inesperada ayuda . No soy más
que un simple ayudante y...
¿Cuántos estáis ahí dentro? dijo bruscamente la muchacha.
El hombre citó una cifra, notablemente reducida para lo que cabía pensar.
¿Están ahí sus Majestades?

El rostro de nuestro prisionero adoptó una expresión de absoluta estulticia.
¿Sus... Majestades? ¿Se refiere usted... a los emperadores...?
¿A quiénes, si no, estúpido? gruñó Delyar . Contesta de una vez... ¿Están o no ahí dentro?
El hombre sacudió enérgicamente la cabeza.
No. Cuando menos, yo no los he visto.
¿Qué es lo que hay al otro lado del muro?
Pues...
Me permití cortar en flor la respuesta del individuo.
¿No sería mejor que lo averiguáramos nosotros mismos? sugerí.
Acaso el tipo éste nos prepare una trampa masculló Delyar.
Pudiera ser dije . Pero cuando sepa que su cabeza, en caso de engaño, será la primera que vuele, creo que se pondrá incondicionalmente a nuestro lado, ¿verdad, tú?
Sí, sí dijo el hombre, apresuradamente . Yo os ayudaré en todo, pero, por favor...
Tienes dos caminos a elegir le dije . Uno ya lo sabes. El otro..., bien, esta dama que hay aquí es nada menos que su Alteza Rhettys, la princesa heredera del imperio, ¿entiendes? Contra ella, te juegas la vida con todas las probabilidades de perderla; a su favor...; bien, dejo a tu imaginación suponer la recompensa que puedes recibir, ¿comprendes? A propósito, aún no nos has dicho tu. nombre.
Berk contestó el tipo, mirando estupefacto a Rhettys . Su Alteza... exclamó.
Eso es gruñó Delyar . Y los emperadores tienen que hallarse aquí presos de sus enemigos.
¿Los emperadores... presos? murmuró Berk, como si hablase consigo mismo.
El esbelto seno de la muchacha se agitó a impulsos de la emoción que sentía.
¿Sabes tú algo de ellos? exclamó, casi más implorante que inquisitiva.
Berk se frotó la mandíbula, dubitando.
No soy más que un simple empleado, pero tampoco me encuentro en la edad de la lactancia; y esto me ha permitido ver cosas que...
Vamos, no te interrumpas le urgió Wanser.
Las manos de Berk se crisparon sobre los mandos del tractor.
Particularmente dijo , me ha importado siempre un pepino cuál fuera el modo de gobierno de nuestros sistemas, con tal de que todo marchara en paz. Pero nunca me han gustado los traidores que por delante lamen la mano de su dueño y luego les acuchillan, por la espalda. Y eso es lo que ha estado haciendo hasta ahora el puerco traidor de Dabb.
Rhettys dejó que Berk se desahogara, y luego me miró de modo significativo, conteniendo a duras peras su alegría. Dijo:
Está bien, Berk. Uno de mis amigos te ha prometido algo en mi nombre, y yo lo ratifico. Condúcenos hasta el interior de la cueva, al otro lado del muro.
Berk asintió y puso en marcha el motor del oruga, cuyas cadenas lo impulsaron hacia adelante. El ruido del artefacto nos impidió cruzar una sola palabra, hasta que, unos cien metros mas allá, Berk lo detuvo.
Una de sus manos pulsó un botón del tablero de mandos, haciendo brotar un rayo de luz azulina de una lámpara situada en el frente del motor. Berk hizo destellar aquel proyector según un código determinado, y diez segundos más tarde todo el enorme lienzo de roca que cubría el fondo de la cueva, partiéndose en dos, empezó a deslizarse a ambos lados en medio del más absoluto silencio.
Ninguno de nosotros se atrevió a emitir una sílaba, estupefactos, atónitos ante el colosal espectáculo que se presentaba ante nuestros ojos.

CAPÍTULO IX

RA un inmenso salón el que había allí, excavado bajo la roca, de dimensiones colosales, infinitamente mayores aún que la gruta que le servía de acceso, y cuyos menores detalles se advertían a la perfección, merced a la perfecta iluminación a base de foton

es suspendidos en la atmósfera que, eliminando los costosos y vulgares sistemas de alumbrado con lámparas, proporcionaban una visión perfecta de las cosas, sin que por ello las retinas humanas, y por supuesto las mías sufrieran el menor daño.

Calculé su anchura en un par de centenares de metros, y su longitud en el doble, con lo cual había la suficiente capacidad para encerrar allí media docena de astronaves como la que habíamos visto partir, con toda holgura de espacio. Pero en el momento actual solamente se veía una, aparentemente abandonada, del mismo volumen que la anterior.

Hacia el fondo se veía un colosal artefacto, una máquina cuya utilidad no supe de momento explicarme, de forma aproximadamente cilíndrica, gigantesca, de la cual partía un tenue zumbido apenas perceptible. Otras varias máquinas, también de buen tamaño, entre las cuales destacaba la que parecía ser una draga o cadena de transporte de minerales, que se hundía oblicuamente en la tierra, acababan de llenar el muro final de la enorme excavación. La draga funcionaba incesantemente, transportando algo que desde la distancia en que nos hallábamos no podíamos ver con claridad, y brujuleando por los distintos rincones de aquel lugar, podían verse varias carretillas mecánicas, con ruedas de goma, silenciosas, yendo y viniendo conducidas por los hombres que las manejaban, afanados todos ellos en su misterioso trabajo, como todo, desconocido para nosotros.

En el primer momento, nadie se dio cuenta de nuestra presencia allí. Para la media docena de seres que divisábamos, el regreso del tractor de remolque debía ser algo perfectamente lógico y natural, de modo que nadie reparó en el vehículo, a pesar de transportar un número desacostumbrado de personas. Recomendé que, para evitar sospechas, guardaran las armas, y Delyar y Wanser asi lo hicieron, en tanto que Berk continuaba encaminando el oruga hacia el fondo del colosal hangar.

Pasamos por el lado de la astronave, enorme, brillante, despidiendo metálicos reflejos por sus plateados costados, y sin querer se me escapó un involuntario comentario.

Ese Dabb debe de ser, sin duda, un habilidísimo astronauta dije.

¿En qué te fundas para asegurarlo, Kabé?   me preguntó la muchacha.

Muy sencillo repliqué . Llegó a Eudimione antes que nosotros, cosa imposible, según Delyar, dado que no hay nave más rápida que la suya en vuelos ordinarios. Para hacerlo, pues, ha tenido que utilizar el sistema de vuelo espaciotemporal, que es el que se usa en los viajes a las estrellas. Y esto, amigos míos, convendréis que es peligrosísimo realizarlo dentro de los estrechos límites de un sistema planetario.

Wanser asintió.

De esa forma dijo , se corre el gravísimo peligro de surgir en el espacio ya ocupado por un cuerpo celeste y provocar una terrible catástrofe, ¿no es asi?

Cierto. Tiene que realizar la maniobra distorsional en un brevísimo lapso de tiempo, con el espacio enormemente reducido, y para hacer esto se requieren, además de una habilidad excepcional, unos nervios bien templados.

Como los tuyos, rio Delyar, levemente desdeñoso.

Refrigeré mi circuito de la irritación, excitado por la pulla del joven.

Yo no tengo nervios, ya lo sabes contesté modestamente ; pero ni aun así haría tal maniobra.

Pues Dabb sí, a juzgar por lo que hemos visto.

Lo cual quiere decir que los motivos que le impulsan a realizar tales cosas son muy importantes. Un humano no se juega la vida así como así, por capricho o deporte, sino por algo que realmente merezca la pena.

¿Por ejemplo? sugirió Wanser.

No contesté. Tenía mis circuitos visuales fijos en una carretilla que avanzaba hacia nosotros, y cuyo conductor nos miraba inquisitivamente, extrañado, sin duda, por ver a unos desconocidos en aquel lugar, que tenía mucho de secreto.

Berk volvió ligeramente la cabeza y sin mirarnos, por encima del hombro, dijo entre dientes:

No hablen; déjenme actuar a mí.

Obedecimos, acatando la sugerencia de nuestro conductor. Éste, al ver la vagoneta que se dirigía hacia nosotros, rectificó ligeramente el rumbo del tractor y luego lo detuvo.

¿Qué hacen estos tipos aquí? inquirió el de la vagoneta.

Berk se encogió de hombros.

No me lo preguntes a mí contestó indiferente . Son órdenes de Dabb, Sherdos.

¿Dabb? murmuró el aludido, suspicazmente, recorriendo uno por uno nuestros rostros.

Así es, y yo no sé más, ni me importa tampoco. Con llevarlos a sus alojamientos, he terminado mi labor.

Sherdos gruñó algo ininteligible, y al fin dijo:

Está bien. Berk. Pero no dejes de comunicarle la novedad a Lehan, el jefe de obras.

Berk asintió y reanudó la marcha, conduciéndonos hacia el fondo de la excavación, haciendo pasar el tractor entre la mayor de las máquinas, en la cual reconocí al fin a un tremendo generador termonuclear de energía, planta de fuerza de todos los mecanismos que allí funcionaban, y la cadena de transporte, enfilando después una rampa en descenso que nos llevó, después de un par de vueltas en espiral, a una segunda excavación, hecha bajo la anterior, de mucho menor tamaño.

Aquí es donde habitamos los que trabajamos en la mina.

¿En la mina? inquirió Rhettys, muy sorprendida,

Berk se volvió en el asiento.

¿Es que no lo sabías? Esto es una mina de oro, y nosotros somos los que extraemos el mineral de las profundidades de la tierra, transformándolo luego en lingotes que se transportan a...

¿De quién es la mina? preguntó Wanser, sin dejarlo terminar.

Berk se encogió de hombros.

Oh, eso no es cuenta mía respondió . Yo me limito a cumplir con mi obligación sin pararme a pensar, cosa que a veces no resulta bueno. Percibo un buen sueldo, tanto, que en poco tiempo, y sin necesidad de estafar al patrón, me haré rico, y lo demás, ¿qué puede importarme?

Visto desde ese ángulo, en efecto masculló Delyar , pero puede importarte. Bien, ¿dónde piesas alojarnos?

Berk había detenido el tractor y saltado al suelo. Le imitamos los cuatro, siguiéndole a una de las habitaciones excavadas en la roca viva, y que no carecían ciertamente de comodidades. Todas ellas estaban situadas en los bordes de un gran polígono no muy regular, en uno de cuyos lados se veían varias puertas que estaban continuamente cerradas.

Son los ascensores que llevan abajo, a la mina dijo Berk, penetrando en uno de los habitáculos. Le seguimos, y apenas nos consideramos en relativa seguridad, Rhettys le acosó contra la pared.

Berk, antes dijiste que habías notado cosas raras aquí. ¿A qué te referías? Ten en cuenta que mis padres han sido secuestrados y que...

El hombre no vaciló en su respuesta.

Lo sabrás en seguida. Alteza. En todo el tiempo que llevo aquí, jamás se nos han coartado los movimientos. Hemos ido y venido a nuestro antojo, siempre, naturalmente, que cumpliésemos con la parte de trabajo que teníamos señalada. Pero hace unos días, de repente, se suspendieron todas las labores, dándonos unas jornadas extras de descanso, que mejor estarían llamadas de encierro. Solamente a un par de los nuestros se les llamó para hacer algo, que no hemos podido saber, porque ya no les hemos vuelto a ver más.

¿Los habrán matado? murmuró Wanser, y Berk se encogió de hombros.

¿Quién sabe? Durante esos dos o tres días, como digo, todo estuvo parado. Pero uno de los ascensores, en forma imprevista, funcionó varias veces seguidas, para volver luego a la inmovilidad. Y, por si fuera poco, Dabb apareció por aquí, estuvo unas cuantas horas... y se fue hace un rato, como pudisteis ver.

¡Eso es que mis padres están aquí!... dijo Rhettys.

No lo sé contestó el hombre , no puedo garantizártelo. Todos los indicios...

Berk se interrumpió de pronto, y sus ojos se fijaron en un punto situado a espaldas nuestras.

Nos volvimos instantáneamente. Un hombre, de mediana edad, duras facciones y una maligna expresión retratada en ellas, avanzaba hacia el centro del aposento.

Berk, ¿qué hacen aquí estos individuos? inquirió el recién llegado.

El aludido se encogió de hombros.

¡Y yo qué sé! ¿Por qué no se lo preguntas a Dabb, Lehan?

Comprendí instantáneamente que nos hallábamos en presencia del jefe de personal, que e

ra tanto como decir la mano derecha de Dabb, cuando menos en aquel asunto. Pero ¿e
ra realmente Dabb el que movía los hilos de aquel tablado? ¿Y Voner? Después de habers
e significado como cabecilla de la, digamos sedición, ¿qué hacía? ¿O también imponía su volun
ad por encima de la de todos, siendo Dabb uno de sus colaboradores, por muy alto
que estuviera?
Renuncié a contestarme aquellas preguntas, cuidando celosamente de la integridad d
e mis válvulas, no se me fuera a fundir alguna de ellas en el momento menos oportu
no. Centré, pues, mi atención, en Lehan, quien, con falsa afectación, dio un paso haci
a nosotros.
De modo que Dabb te ha dicho que alojes a estos personajes, ¿eh?
Así es, Lehan contestó Berk impávido.
Y, seguramente, deberemos tratarlos a cuerpo de rey, ¿no?
Berk se encogió de hombros.
No los vamos a matar de hambre, supongo dijo con forzados acentos.
Oh, claro, claro que no sonrió torcidamente el hombre . ¿Quién se atrevería a matar de hamb
e nada menos que a Su Alteza Rhettys, la princesa heredera del Imperio?
Una triple exclamación de sorpresa brotó de los labios de mis compañeros, al ver descu
bierta, de modo tan inesperado, la identidad de la muchacha. Rhettys lanzó un grit
ito, y Delyar y Wanser obraron de modo casi simultáneo.
Se arrojaron sobre el individuo, con el ánimo de reducirlo a la impotencia, pero L
ehan fue más listo y se les anticipó. Era humano que jamás se fiaba de un congénere, cos
a que demostró sacando a relucir una pesada desintegradora, con la cual frenó en sec
o el avance de los dos jóvenes.
¡Quietos ahí! exclamó, dejando que sus labios se torcieran en una cínica sonrisa . Quietos
o me haréis hacer algo que no me gusta.
¿Te das cuenta de lo que haces? gruñó Delyar.
Lo sé perfectamente, y tus reproches me importan un pepino. Ahora mismo os voy a ll
evar a...
Pero, de repente.. Rhettys, con un movimiento imprevisto, se colocó frente al huma
no, desafiando la amenaza de la pistola atómica.
Tira ese arma, Lehan dijo enérgicamente . Te lo ordeno yo, Rhettys, la princesa herede
ra, ¿me has oído?
Aparta de ahí dijo Lehan fríamente . No tengo la intención de causarte ningún mal, pero tam
oco voy a dejarme avasallar por una mocosa como tú, por muy princesa que seas. Yo
sólo obedezco a una persona, y esa persona es...
Lehan calló, interrumpiéndose deliberadamente con una cruel sonrisa dibujada en sus
labios viperinos.
Ya he hablado bastante dijo . Ahora os voy a llevar a un sitio donde, quedando inuti
lizados, no podréis moveros en tanto esa persona lo disponga. Yo...
Pero el esbirro fue interrumpido súbitamente, por algo que no esperaba. Yo no podía
meterme con él, por mi condición de robot, mas ésta me ordenaba ayudar a mis amigos, i
mpidiendo así se les causara ningún daño. Y no pudiendo actuar directamente, lo tenía qu
e hacer de una manera indirecta.
En consecuencia, pues, emití un suspiro de agonía y me dejé caer al suelo, como si per
diera el conocimiento. No conozco a ningún humano, por muy dueño que sea de su siste
ma nervioso, que viendo desplomarse a un congénere, por la razón que sea, no vuelva
sus ojos hacia la persona que pierde el equilibrio. Y, naturalmente, Lehan no ib
a a ser una excepción de la regla.
Aquel breve segundo de distracción le fue fatal, porque, separando su mirada de la
de aquellos a quienes tenía encañonados con el arma, descuidó la vigilancia durante a
quel cortísimo lapso de tiempo, y Wanser, al lado de Rhettys, alargó bruscamente su
mano, haciendo saltar la desintegradora de la del esbirro.
Al verse desarmado, Lehan lanzó un rugido de ira, intentando abalanzarse sobre la
pistola, caída a un par de metros de él. La de Delyar fue mas rápida, y escupió una llam
arada verde amarillenta, que se convirtió en una hedionda nube de humo cuando el c
uerpo de Lehan, sin que éste pudiera lanzar un grito tan siquiera, fue desintegrad
o por el disparo de Delyar.
Ya tenemos el paso libre exclamó el joven, satisfecho, y acto seguido, se volvió hacia
Berk . Condúcenos abajo; no podemos perder un minuto.
Berk asintió y, saliendo del habitáculo, nos hizo cruzar la plazoleta subterránea, lle

vándonos a uno de los ascensores, en el cual nos metimos todos.

El artefacto perdió altura con grandísima rapidez. Un paz de minutos, aproximadamente, duraría el descenso, pero antes de concluirlo, vi que la muchacha se llevaba las manos a la frente.

Están aquí dijo muy pálida . Los estoy ESPando...

¿De veras? inquirió Delyar,

Sí... pero ellos ESPan de una manera muy rara... Son unos murmullos ininteligibles... como si sus cerebros lucharan contra alguna fuerza que les impide desarrollar en toda su potencia sus facultades ÉSPeres...

Eso es que han sido drogados aseveró Delyar contundentemente, y en aquel momento el ascensor se detuvo.

Salimos fuera, hallándonos en una amplia galería de mina, brillantemente iluminada, como el resto de las excavaciones, por la cual funcionaban las vagonetas y las cadenas transportadoras de modo automático. En realidad, y dada la perfección de aquellas máquinas, con una docena de trabajadores que vigilaran las mismas, era más que suficiente para obtener un buen rendimiento del yacimiento. Pero, y ésta era una pregunta que me formulaba de continuo: ¿quién era su dueño?

Avanzamos a buen paso, guiados, más que por Berk, por la propia Rhettys, en cuyo contraído rostro podía ver los esfuerzos que hacía por ESPARse con sus padres. Al cabo de pocos momentos, llegamos a un lugar en donde, también abierta en la roca, se veía una habitación, cuya puerta, no obstante, estaba férreamente cerrada.

Apartaos a un lado dijo Delyar, tirando de pistola, y volando la cerradura de un certero disparo.

Hubo un chispazo cegador, una nube de humo, y luego el paso quedó franqueado.

En tromba nos precipitamos todos en el interior, atravesando la primera estancia y pasando a la segunda, en donde hallamos lo que tanto deseábamos. Pero, ¡qué diferencia había entre la gallarda pareja que habíamos conocido, y aquellos dos seres de estúpida expresión, en cuyas muertas pupilas, dilatadas por la droga que les había sido inyectada para idiotizarlos, apenas si se veía una mínima chispa de vida!

Un instante permanecimos inmóviles en el umbral de la puerta; después, Rhettys, lanzando un agudo grito de desesperación, se abalanzó sobre sus padres, quienes, sentados en un diván, permanecían quietos como estatuas, sin dar la menor señal de haberla reconocido. Se abrazó a ellos desesperadamente, tratando en vano de hacerlos reaccionar.

Delyar la siguió con solicitud, en tanto que Wanser y yo nos quedábamos allí, vigilando la entrada. Presenciamos la escena un momento, en tanto que Wanser y yo cambiábamos unas cuantas frases, y después, en tanto que el joven retrocedía para vigilar la puerta del cubículo, yo me dediqué a huronear por la estancia.

Ésta no era muy grande.

Nada vi en ella que indicase la posibilidad de una droga antídoto que pudiera devolver la conciencia de sus actos a los emperadores. Salvo el mínimo de objetos indispensable para una vida animal, también mínima, aquel lugar estaba desprovisto absolutamente de todo.

Pero era evidente que no podíamos continuar allí durante mucho tiempo. Pensando en que nos hallábamos a varios centenares de metros bajo tierra, y que nuestra situación podía tornarse dificilísima en cualquier momento, me acerqué a Rhettys para hacérselo observar.

La muchacha me miró a través del turbio velo de lágrimas de sus ojos.

Me preguntó:

¿Qué quieres, Kabé?

Traté de explicarme:

No podemos continuar así, Rhettys. Hemos de llevarnos a tus padres y allí, en Melphysia, sobrarán los medios de devolverles la razón.

Ella lo comprendió así.

Sí dijo la muchacha, limpiándose los ojos de un manotón ; es cierto, Kabé. Vámonos. Aquí co
s un peligro constante.

Ella misma, tomando por un brazo a su madre, la hizo ponerse en pie, sin que Melphys opusiera la menor resistencia. Yo hice lo propio con Rivedo, y luego, arrastrando a aquellos seres, que caminaban como autómatas siempre que este autómata no se llame Kabé emprendimos el camino de regreso por el pasadizo.

Pero cuando ya nos hallábamos en la puerta del ascensor, que nos devolvería a la sup
erficie, ésta se abrió, dejando paso a un pelotón de hombres armados, cuyas pistolas n
os inmovilizaron antes de poder darnos cuenta de lo que sucedía. Sin embargo, lo q
ue más nos asombró fue ver a Voner y Bar-Ibbas a su frente, con expresión satisfecha y
sonriendo ambos mefistofélicamente.

CAPÍTULO X

A sonrisa de Voner se acentuó, cuando, unos minutos más tarde, nos contemplaba a to
dos reunidos, inermes, impotentes en sus manos, en una amplia estancia del piso
superior, inmediatamente debajo de la gran sala de maquinaria.
Muy bien dijo, frotándose las manos; y repitió : Muy bien. Hasta ahora, no puedo negar q
ue las cosas han salido tal y como yo las había predicho. Todos los ases en una ma
no; ese es mi juego ahora. Y, naturalmente, con unas cartas así, ¿quién puede perder l
a partida?
Su satisfacción era evidente.
La fraseología de Voner se entendía perfectamente. Habiendo realizado una jugada de
maestro, había conseguido reunimos a todos en aquel lugar, de modo que no había deja
do tras sí ningún elemento que pudiera causarle el menor temor.
Rhettys, siempre impulsiva, dio un par de pasos hacia adelante, con los ojos inf
lamados por la cólera.
¡Déjanos libres, Voner! ¿Me has oído? Esto que estás haciendo es un crimen que se purga con
la muerte, pero si cedes en tus pretensiones, olvidaremos todo lo que has hecho
y te dejaremos marchar donde quieras, ¿comprendes?
Voner emitió una risita de conejo y miró oblicuamente a Bar-Ibbas.
¿Qué te parece, querido colega? ¿Aceptarías tú ese trato?
Con gesto fanfarrón, Bar-Ibbas se atusó el mostacho.
Sí rio estruendosamente , siempre que esta adorable gatita me acompañase al destierro.
Rhettys, perdidos los estribos, avanzó aún más el rostro y escupió al del secretario de
Policía. Bar-Ibbas palideció y levantó la mano para golpear el encendido rostro de la
muchacha.
Pero Rhettys no se amilanó por ello; continuó en la misma situación, desafiando con ll
ameante mirada la cólera del traidor, quien, al cabo, confundido, bajó el brazo sin
haber llevado a cabo su execrable gesto.
Bar-Ibbas se volvió hacia su colega.
Está bien. Voner; concluyamos de una vez. ¿A qué perder tanto tiempo?
Voner se acarició el mentón pensativamente, y luego hizo un leve ademán, que fue obede
cido inmediatamente por un obsequioso individuo con las insignias de coronel de
la guardia imperial. El individuo le presentó una carpeta, de la cual Voner sacó una
lámina de papel metalizado, en la cual se veía escrita una larga parrafada con todo
el aire de los documentos legales. Se lo alargó a Rhettys, la cual lo tomó con visi
ble reticencia.
¿Qué es esto, Voner?
Léelo y lo verás, Alteza sonrió el tipo untuosamente.
Obedeciendo con gesto reluctante, Rhettys paseó su vista por los renglones escrito
s en el documento, al cabo de cuya lectura, su rostro se encendió. Trató de romper a
quella lámina, pero no lo consiguió.
¡Traidor! escupió al rostro de Voner, el cual, por cierto, no se inmutó.
Creo dijo fríamente que fue un gran político que vivió en la Tierra hace unos cuantos sig
los quien dijo que «la traición no es más que una cuestión de fechas» (1). Y, ¿quién se acord
rá de la mía dentro de una docena de años, cuando sea saludado como el hombre que conq
uistó un imperio con la mayor facilidad del mundo? ¿Quién se acordará de los medios que
empleé para conseguir mis fines? Dime, Rhettys, ¿hay mucha gente que se acuerde ahor

a de que tu padre era un simple empleadillo policíaco terrestre hace veinte años? No, ¿verdad? Ahora, sólo ven en él al emperador consorte, y es lógico. Pues lo mismo pasará con...

No firmarán dijo Rhettys ceñuda.

Voner miró a Bar-Ibbas y los dos rieron, el uno suavemente, el otro con todo estrépito.

Ya lo creo que firmarán dijo el bigotes.

Firmarán, Rhettys afirmó Voner, sacando una pluma electrónica, que alargó hacia la muchacha . Firmarán, y tú misma serás quien obtenga su rúbrica.

Rhettys retrocedió un par de pasos, como si en lugar de la pluma hubiera visto un áspid.

¿Yo? ¿Yo obligar a mis padres a cometer una indignidad? Los amo como a los autores de mis días que son; pero preferiría verlos muertos a que un día pudieran mirarme a la cara considerándome como cómplice de vuestra inmunda traición.

Es que no los verías muertos, Rhettys contestó Voner, y después de estas palabras, hubo un gran silencio.

El labio inferior de la muchacha tembló, como si su mente se resistiera a aceptar la comprensión de la horrible idea que acababan de sugerirle las palabras de Voner.

Éste movió afirmativamente la cabeza y dijo:

Sí, Rhettys, es tal como tú lo piensas. Yo, y nadie más que yo, posee la droga antídoto de la que ahora tienen inyectada en las venas, y que les causa su actual estado de estupor. Y a cada minuto que pasa, los efectos inversos del antídoto, se reducen, de modo que dentro de acaso una semana, ya no serviría para nada, y tus padres continuarían así por toda la vida, convertidos en unas estatuas incapaces de alimentarse si no se les ordena, ¿me entiendes?

Rhettys se cubrió el rostro con la manó, horrorizada ante la visión que Voner acababa de describirle tan gráficamente.

¡No, no! gritó.

Está bien. Entonces, ¡haz que firmen!

La muchacha tomó el documento con una mano que temblaba visiblemente. Miró con insana expresión a su interlocutor.

Voner, juro que, como pueda, te haré matar sin piedad.

El secretario de Asuntos Galácticos se encogió de hombros.

¡Bah! Nunca he hecho caso de palabras que siempre se lleva el viento, ¿eh, Bar-Ibbas?

El interpelado soltó Una ruidosa carcajada.

Y más aquí, en Eudimione exclamó.

Con lento paso, Rhettys se acercó a sus padres, el documento de abdicación en una mano, y la pluma en otra. Rivedo y Melphys continuaban impertérritos, ausentes, dos cuerpos sin alma apenas.

De pronto, la muchacha se volvió, indicando con el cabo de la pluma un lugar del documento.

Aquí hay un lugar en blanco, Voner.

¿Un lugar en blan...? Ah, sí, claro; el del hombre que se sentará en el trono del Imperio. Pero no te preocupes; ya lo pondré yo después. Vamos, haz que firmen.

No estoy muy segura de que cumplirás con tu palabra, Voner dijo Rhettys, temerosa de un nuevo engaño.

El secretario hizo otro gesto con la mano, y un hombre, con una cajita en las suyas se adelantó. Voner la tomó, abriéndola, de modo que todos pudiésemos ver en ella los elementos necesarios para inyectar, amén de un par de ampollitas llenas de un líquido oscuro.

¿Ves? dijo . Aquí está el antídoto de la droga, Rhettys. En el momento en que hayan firmado tus padres el documento de abdicación, les inyectaremos el antídoto.

De acuerdo dijo la muchacha . Pero dáselo a uno de mis amigos.

Muy bien; como gustes sonrió Voner, y Delyar, entonces, alargando sus manos, tomó en ellas la preciosa cajita.

Yo lo guardaré, Rhettys. Devolveremos la salud mental a tus padres y luego...

Y luego, o me matan a mí, o emprenderé el camino de mi venganza; tenedlo todos por seguro concluyó la muchacha enérgicamente, después de lo cual, se sentó al lado de su madre, poniéndole la pluma en la mano : Firma, mamá le dijo.

Repitió la labor con Rivedo, y acto seguido, se puso en pie, alargando el pliego de papel metalizado, hacia Voner, al mismo tiempo que decía:

¡Toma, y maldito mil veces seas!

Pero Voner no llegó a tomarlo. Una mano, surgiendo de improviso, arrambló con el precioso documento, dejándonos a todos estupefactos.

¡Trae eso acá! dijo Delyar, brutalmente, apartando a la muchacha a un lado con el hombro, antes de que Rhettys pudiera oponer la menor resistencia.

Un grito de horror brotó de los labios de la princesa, al ver el satisfecho semblante de Delyar, un tanto desfigurado por la mueca de diabólica alegría que le causaba la ansiada consecución de sus propósitos. El joven levantó la cajita con los inyectables en alto.

Ahora el emperador soy yo gritó, exultante , y nadie me hará sombra.

¡No, Delyar, no! gritó la muchacha, espantada por lo que preveía.

Pero el joven no la hizo el menor caso.

¡Estúpida! ¿Crees que después de todo esto, voy a dejar a tus padres en condiciones de hacerme sombra? y apenas pronunciadas tales palabras, estrelló la cajita contra el suelo. En el aposento se oyó claramente un estallido de vidrios rotos, pues a pesar de los progresos de la civilización, el material de inyecciones así como los inyectables, sigue siendo de vidrio; no se ha hallado ningún otro capaz de sustituirlo con ventaja.

Rhettys retrocedió como atontada, incapaz de creer lo que sus ojos estaban contemplando. Se cogió el rostro con ambas manos.

Sí, preciosa, sí; yo soy ahora el nuevo emperador de las Nubes Magallánicas y, como muy bien ha dicho aquí el amigo Voner, dentro de unos pocos años, ¿quién se acordará de los medios que empleé para acceder al puesto?

Yo dijo la muchacha . Yo si no me matas, porque mi odio te perseguirá por todo el tiempo hasta que consiga vengar la muerte a que acabas de condenar a mis padres. El mundo lo podrá olvidar, pero yo, no, Delyar. ¡Qué razón tenía el emperador al descofiar de ti! Y te recomiendo que me mates, o de lo contrario...

¿Matarte? ¿Quién piensa en ello, preciosidad? rio Delyar con toda desfachatez . Por el contrario, quiero que ocupes el lugar que por tu nacimiento te corresponde. Te sentarás a mi derecha, como la emperatriz de las Nubes Magallánicas, pero el emperador lo seré yo en todo momento, ¿me entiendes?

Estaba más claro que el agua; Delyar no se hubiera resignado nunca con el, hasta cierto punto, papel de consorte imperial que desempeñaba Rivedo. Él quería mandar absolutamente, sin la menor interferencia y para ello no había vacilado en emplear cualquier medio.

Todo se veía ahora con la mayor facilidad: desde la sedición del consejo de ministros, que presidiera la chica, cuando pidió su proclamación como regente, hasta el modo cómo habíamos llegado allí, pese a las aparentes vacilaciones de Delyar. La muerte de Karenty y de los dos soldados de la guardia, asesinados estos fríamente para impedir que hablaran, no porque los hubieran cambiado intempestivamente; la seguridad con que en todo momento había hablado el ambicioso, y mil detalles más que, imprecisos antes, daban ahora una completa luz al asunto, dejándolo diáfano como un mediodía terrestre.

Rhettys palideció al oir las últimas palabras de Delyar..

Estás loco si piensas que voy a cometer tamaña indignidad exclamó en tonos concentrados, llenos de una total animadversión hacia el traidor . Prefiero antes una inyección como la que propinaste a mis padres, Delyar, entiéndelo de una vez para siempre.

El joven rio con desfachatez, seguro de sí mismo.

Estos son los primeros momentos, Rhettys. Después, ya te acostumbrarás. Creo agregó, sonriendo fríamente , que te gustará más el «empleo» que te ofrezco, que no el que te guardaban tus padres. ¡La esposa de Kersel, reina de cuatro cochambrosos planetas y una estrella que parece manar pus en lugar de luz ¡No me hagas reír, muchacha! ¡Bar-Ibbas!

¿Qué quieres, Delyar? se adelantó untuosamente el secretario de Policía.

¡Majestad es el tratamiento, estúpido! gruñó Delyar, de mal talante.

Sí, Majestad contestó el aludido, inclinándose.

Te encargo, a partir de ahora, la protección de la persona de mi futura esposa y tu emperatriz, respondiendo de ella con tu cabeza, ¿me comprendes?

Sí, Majestad. Y puedes quedar seguro de mis servicios. Antes dejaré que ruede mi cabe

za al suelo que...

¡Basta de palabrería vanal! Haz lo que te digo.

Bar-Ibbas movió la mano, y Rhettys fue apresada por dos esbirros que la apartaron a un lado. Después, Delyar nos miró a Wanser y a mí.

Lo siento por vosotros, muchachos. Lo creáis o no, os había llegado a tomar afecto, y me duele tener que suprimiros.

Wanser crispó sus puños, mudo de rabia impotente ante las palabras de Delyar. En cuanto a mí, empecé a temer por la integridad de mis válvulas

Tú no sentirás nada, Kabé; eres un robot, y los robots no sienten. Pero eres más peligroso que muchos humanos, y si consentí en que vinieras hasta aquí, e incluso nos ayudaras, fue por pescarte también en la trampa. No me gustan gruñó , los robots que hacen otra cosa, aparte de servir el desayuno y barrer el suelo. ¡Bar-Ibbas!

¿Sí, Majestad?

Encarga a dos de tus hombres que me supriman este par de obstáculos.

Si, Majestad y al instante, el traidor secretario llamó a dos esbirros, los cuales avanzaron hasta ponerse a nuestros costados.

Pero, de repente, Voner se sintió atacado por unos escrúpulos legalistas y objetó:

Majestad, antes de obrar nada, convendría que se escribiese tu nombre en el documento de abdicación. Así, serías ya el emperador efectivo, y nadie podría reprocharte, un día de éstos, haber ejecutado una serie de acciones que sólo un hombre poseedor de tal cargo puede ejecutar.

Delyar sonrió satisfecho.

Perfectamente, Voner. Tú lo has dicho, y te agradezco la solicitud que demuestras al preocuparte tanto de mi persona.

No hago más que complacer a mi emperador sonrió untuosamente Voner . Por favor, yo mismo estamparé, con mucho gusto, el nombre en el espacio en blanco.

Delyar alargó la mano y Voner tomó el documento y la pluma, trazando allí algo con enérgicos rasgos. Después, siempre sonriendo, devolvió el pliego a Delyar, quien, tremendamente satisfecho, viéndose ya confirmado en el puesto que tanto había ambicionado, lo tomó, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

Pero apenas habían tocado sus manos el documento, cuando una terrible expresión de furia deformó su agradable rostro, Sus ojos arrojaron llamas, en tanto que de su boca salía una escogida colección de atroces imprecaciones.

¡Estúpido! ¡Imbécil! ¿Me estás tomando el pelo? ¿Quién te has creído que soy?

Nadie, Delyar respondió Voner, enderezándose, ante el asombro de Bar-Ibbas y sus esbirros . Nadie, porque no hay más emperador que Evans Rivedo, ni más emperatriz que su esposa, la augusta Melphys, cuyos nombres son los que están ahí escritos.

¡Traidor! jadeó Delyar, estupefacto y colérico a un tiempo.

Antes dije algo acerca de la traición, que puede aplicarse perfectamente en este caso, Delyar contestó Voner imperturbablemente . Y también hablé de la facilidad con que se conquista un imperio, pero no dije para quién iba a conquistarlo, ¿comprendes? Pero, en realidad, no he sido yo quien lo ha hecho sino...

Delyar no lo dejó seguir. Estallando en un grito, increpó a sus secuaces:

¡Bar-Ibbas! ¿Qué haces ahí, parado como un tonto? Tú estás a mi lado; dispara contra...

¡Quieto todo el mundo! se oyó entonces una poderosa voz, y la estupefacción fue total, cuando vimos a Rivedo erguirse en toda la longitud de su majestuosa estatura.

Nadie moverá un dedo sin yo permitirlo dijo Rivedo, avanzando hacia nosotros.

Todos los pretendidos síntomas de su atontamiento habían desaparecido, lo mismo que del rostro de Melphys, quien también se había puesto en pie, acogiendo en sus brazos a la muchacha, tan feliz como desconcertada.

No... no es posible tartamudeó Delyar, quien en un momento venía derrumbarse por el suelo sus más caras esperanzas.

Sí, es posible, Delyar, y desde aquí te prevengo, que tú y todos los traidores seréis implacablemente castigados. Podría perdonarte lo que hiciste conmigo; extendiendo mi magnanimidad, también la acción contra su majestad la emperatriz; pero lo que no tiene perdón alguno es la muerte de Karenty y demás infelices sacrificados a tu custodia. Tú, Bar-Ibbas, Dabb y cuantos estabais dentro de ese plan sedicioso, sufriréis el condigno castigo que la ley reserva para...

Delyar reaccionó de pronto. Extrayendo con rápido gesto la pistola de dardos, de entre sus ropas, apretó el gatillo al mismo tiempo que decía:

¡Esta vez no fracasaré, maldito!

Pero Rivedo permaneció en pie, sonriendo fríamente. Delyar volvió a gatillar, también sin el menor resultado. Al fin, lentamente, la comprensión entró en su cerebro: ¡alguien le había descargado el arma! (Luego me echarían las culpas a mí; pero ¿qué culpa tiene uno de haber sido construído en la Tierra, donde hay individuos que hacen maravillas con dos dedos tan sólo?)

Cuando Delyar supo que no tenía nada que hacer, obró de una manera imprevista: dio media vuelta y echó a correr.

Alguien levantó un arma, pero Rivedo lo detuvo.

¡No; dejadlo! Ha de ser apresado vivo para que comparezca ante el tribunal. ¡Kabé!

Sí, Majestad.

Síguele, y tú también, Wanser.

Con el rabillo del ojo, pude ver la sorpresa que Rhettys recibía al ver que su padre conocía al joven. Éste, pese a todo, al pasar por uno de los esbirros, atontados por la «resurrección» del emperador, le quitó el desintegrante, y me pasó con sus largas piernas, corriendo como un desesperado.

Cuando llegamos al piso superior, vimos que Delyar se hallaba junto a la planta de fuerza, al lado del cuadro de mandos, sosteniendo una palanca en su mano derecha.. En sus ojos brillaba una luz de odio infinito cuando nos dijo:

Un paso más y volaremos todos. ¡Quietos ahí!

Wanser y yo nos quedamos clavados en el suelo, sin acertar a movernos. Comprendimos al instante, que si Delyar bajaba la tensión de la máquina, la reacción termonuclear que continuamente se estaba verificando en su interior, alcanzaría límites insoportables, y entonces se produciría, lisa y llanamente, la explosión de una bomba de hidrógeno, con los efectos que son fáciles de prever.

Una central de energía termonuclear no es ni más ni menos que una estrella en miniatura. En su Interior se reproduce fielmente, aunque en mucha menor escala, el continuo proceso que da vida a las estrellas, es decir, la función del átomo de hidrógeno, que mediante elevadísimas temperaturas, se transforma en dos de helio. Esta clase de centrales funcionan mediante una corriente de deuterio que circula, ionizada, por el interior de un colosal tubo, rodeado todo él de potentes electroimanes, que impiden que la corriente de gas toque las paredes del tubo, al mismo tiempo que se efectúan las descargas eléctricas, de temperatura en ningún modo inferior a los cinco millones de grados, que son necesarios para la reacción termonuclear. Si se rebaja la tensión, sin cortarla del todo, la columna de deuterio tocará las paredes del tubo, y el aparato estallará con la devastadora fuerza de una bomba-H. En resumen, asi como las centrales atómicas producen la energía a base de la desintegración controlada del átomo, en éstas ocurre de forma parecida, sólo que no hay tal desintegración, sino simplemente fusión, lo cual, aunque parezca una paradoja, proporciona una cantidad de energía infinitamente mayor. Y aquel bruto de Delyar estaba dispuesto a tostarse, si nosotros le acompañábamos en aquel breve pero mortífero viaje.

Dejadme el paso libre exclamó , o de lo contrario os destruiré a todos.

Estás loco, Delyar dijo Wanser . Suelta esa palanca.

¡No! ¡Fuera de ahí! ¡Fuera o...!

Pero yo no le hice caso. Avancé hacia él lentamente.

Kabé, maldito robot, atrás.

Me detuve. No podía dejar de obedecer la orden, y Delyar rio.

Ahora, tú, Wanser, échame la pistola. Recuerda que es el único medio que tienes para salvar la vida.

Wanser me miró como consultándome. Asentí con el gesto, y el joven la arrojó por. el aire.

Sin embargo, apenas salida la pistola de su mano, yo alargué la mía. No quise impedir su trayectoria, sino solamente desviarla un poco, y para ello me bastó rogarla con la punta de los dedos. La pistola cayó entonces fuera del alcance de Delyar, quien, lanzando un rugido de rabia, se precipitó a tomarla. Pero en sus prisas olvidó algo: el transportador de la mina, que continuaba funcionando. Uno de sus cangilones le tomó por las ropas, arrastrándolo hacia el molino de mineral que estaba a pocos pasos de distancia.

Delyar gritó y se debatió espantosamente cuando se vio arrastrado hacia una muerte inexorable. Pero el espacio de que disponía era cortísimo, y así, dos segundos más tarde,

su cuerpo cayó en el interior de una tolva en donde un árbol, provisto de durísimas p
aletas de acero, giraba incesantemente, reduciendo el mineral a polvo. El grito
de horror de Delyar se apagó cuando una de aquellas paletas le seccionó la garganta.
Después... ¿es necesario que siga?

*   *   *

Cuando todo hubo pasado, cuando los culpables de todo aquello estaban ya en segu
ridad, Rivedo habló, rodeando con ambos brazos a su esposa e hija.
Y ahora, todo concluido, amigos míos, demos las gracias a quien, con su astucia y h
abilidad, ha sabido desenmascarar a los autores de esta intriga. Me refiero, nat
uralmente, a Kabé.
¡Kabé! exclamó Rhettys, estupefacta.
Sí asintió el emperador ; el mismo. Kabé fue quien me sugirió la idea de todo esto. Yo sabí
ue alguien preparaba un atentado contra nosotros, para apoderarse del trono. Par
ticularmente, no me hubiera importado nada abandonar el cargo; no soy hombre a q
uien le tienten los honores. Pero estando mi esposa de por medio, la cosa es muy
diferente. Y cuando Melphys fue raptada, Kabé sugirió que yo me dejase secuestrar t
ambién.
Corriste un gravísimo peligro, papá le reprochó la muchacha.
Cuando uno quiere pescar un pez gordo, es necesarlo un cebo también gordo sonrió Rived
o . ¿Qué mejor cebo que yo mismo? Así, Delyar se confió y acabó por traernos aquí, a su mina,
de donde obtenía los fondos precisos para sus maquiavélicas acciones.
Me parece sonrió Melphys , que aquí el único Maquiavelo que hay es el amigo Kabé.
Un Maquiavelo artificial, en todo caso, Majestad dije, inclinándome, pues conocía la h
istoria del astuto autor de «El Principe».
Pero muy eficiente sonrió Rivedo . Kabé, es lástima que seas un robot; de lo contrario, in
fluiría cerca de su Majestad para que te concediera un título.
Me conformo con lo que soy, Majestad. Y no ambiciono otra cosa que asistir a la b
oda de Rhettys con Kersel.
La muchacha frunció el ceño.
¿Con Kersel? Papá, ¿es que sigues empeñado en...?
Rivedo me miró con aire de complicidad.
A veces pienso que la juventud quiere decir también tontería. Hija, ¿es que no te has d
ado cuenta? Kersel, vamos, pídenos la mano de Rhettys.
Wanser avanzó ante la estupefacción de la muchacha y tomó su mano.
La tengo ya, Majestad. ¿Me la concedéis?
Pero..., pero... Rhettys estaba hecha un puro lío.
Hija dijo Melphys , como puedes ver, Kersel no es el ratón de biblioteca que tú asegurab
as. Al menos, así lo entiendo yo.
Rhettys inclinó la cabeza, toda ruborizada, y luego miró tímidamente a Kersel.
Eres un canalla le dijo en voz baja . Todo el tiempo engañándome...
Kersel, antes Wanser, suspiró.
Rhettys, yo no he sido más que un peón en las manos de ese formidable jugador de ajed
rez, que se llama Kabé. En mi vida he sido atacado por unos piratas y si estaba al
lí, fue por su consejo.
Ella preguntó, inquieta:
¿Y si hubiéramos pasado de largo?
Kersel se echó a reir.
Tenía mi nave lo suficientemente cerca para que pudiera auxiliarme si vosotros no l
o hacíais.
¡Granuja! y ahora el piropo era dedicado a mí.
Alteza, soy tu más humilde servidor me incliné.
Y el más formidable trapacero que existe bajo la capa del cielo. Seguro que también s
ugeriste a Vorner hiciese su papel de traidor, ¿verdad?
Naturalmente respondí . Era preciso saber qué secretarios estaban complicados con Delyar

. Y si Voner, que era el presidente del Consejo, aparecía como traidor, los que en realidad lo fueran, no tardarían en descubrir su juego, como ocurrió con Dabb y con Bar-Ibbas.

Rhettys suspiró y luego miró a su prometido.

Kersel, quiero que una vez nos hayamos casado hagas una cosa.

Lo que tú quieras dijo el joven, mirándola apasionadamente.

Si te oigo mencionar la palabra robot en mi presencia, te...

Sin respeto para la presencia de los emperadores, Kersel la estrechó entre sus brazos.

¿Qué, Rhettys? susurró.

Pero ella ya no le contestó. A Rhettys le había bastado mirarse en los ojos de su prometido, para olvidarse instantáneamente de mí. Y en aquellos momentos, lo mismo le habría importado hallarse rodeada de un centenar de robots; no veía otra cosa que el rostro franco, simpático y agradable de Kersel, cuya enamorada expresión le auguraba una eternidad de dicha.

Me retiraba en silencio, cuando, de pronto, sentí una mano sobre mi hombro. Me volví, viendo a Rivedo y a su esposa.

Kabé, ¿por qué no te quedas con nosotros? Serías un valioso auxiliar en el gobierno del Imperio...

Meneé la cabeza con gesto melancólico.

Gracias, Majestad contesté, sintiendo una agradable temperatura en mis circuitos, que no precisaba de refrigeración alguna : pero me temo que el continuo contacto con los humanos me ha convertido en un robot amante de las aventuras. Mis tensores enmohecerían y las válvulas se me llenarían de telarañas si permaneciese mucho tiempo quieto en un sitio.

Entonces, ¿dónde piensas ir ahora, Kabé? inquirió Melphys.

Pero ¿quién podía responder a aquella pregunta? Soy un robot casi enteramente humano, tanto que, como éstos, carezco de la facultad de profetizar, y por lo tanto ignoro lo que me reserva el porvenir. Aunque, por otra parte, ¿es tan difícil averiguarlo? ¿Quién será el próximo humano a quien tendré que sacar de líos? Porque, eso sí que es seguro que cuando menos lo piense andaré enzarzado en alguna aventura. Cuándo, cómo y dónde, no lo sé; pero acaso antes de muy poco vuelva a tener que escribir un nuevo relato.

Y desde ahora, puedo garantizar que, si sucede, lo haré con mucho gusto.

(1) Talleyrand. (N. del A.)